

Jorge Waxemberg

**De la Mística
y
Los Estados de Conciencia**

Edición 2014

© 2014 Cafh
Todos los derechos reservados

Indice

Introducción	3
I. DE LOS ESTADOS DE CONCIENCIA..	8
Estados de Conciencia	9
Amar a Dios	17
Positivo y Negativo	24
Crecimiento y Desarrollo	28
II. DE LAS VIRTUDES NEGATIVAS	33
Las Virtudes Negativas	34
Responsabilidad	37
Aceptación.....	43
Paciencia	48
No posesión y Participación.....	50
III. DE LA MÍSTICA	55
La Mística.....	56
Las Virtudes	57
La Renuncia Positiva	66
La Muerte Mística	78
Negación Afirmativa.....	85
IV. DE LA ORIENTACIÓN ESPIRITUAL	89
La Orientación Espiritual	90
Del Orientador Espiritual	92
Equilibrio.....	100
Autodominio	103
Transformación Continua	107
ACERCA DE CAFH	112

Introducción

A pesar de que este libro fue escrito a fines de la década del 60, no solo continúan vigentes las preguntas que nos hicimos en ese momento sino que, frente a lo que sucede en el mundo en estos momentos, también tendríamos que preguntarnos: ¿qué nos pasa a los seres humanos que, a pesar de tener a nuestro alcance lo que necesitamos para vivir en paz y desenvolvernos, no cesamos de enfrentarnos, agredirnos y aun masacrarnos hasta acabar con cualquier posibilidad de construir un mundo mejor? ¿Para qué nos sirven los adelantos que tenemos si los usamos para destruirnos mutuamente?

Por eso continuamos pensando que necesitamos trabajar con honestidad sobre nosotros mismos para saber más sobre nosotros y, lo que es más importante, para darnos cuenta de lo que nos dice ese saber sobre lo que somos y lo que hacemos. No es suficiente que tomemos noticia de lo que ocurre para alegrarnos o sufrir de acuerdo con lo que pasa, ni tampoco que nos encasillemos en ideas hechas que, si bien creemos buenas, ahondan más aún las diferencias que nos dividen y enfrentan. Veamos si tenemos valor para darnos cuenta de que cada uno de nosotros es responsable de lo que ocurre, tanto en su vida como en el mundo; si tenemos valor para asumir esa responsabilidad y resolver en nosotros mismos los problemas que generamos por nuestra manera de ser, de pensar y de actuar. En otras palabras, si osamos darnos cuenta de que nuestra manera de ser, de pensar y de actuar define un estado de conciencia asociado una mística que trasciende las definiciones habituales y abarca todo el sistema de relaciones de la familia humana.

Los temas de la mística que aborda en este trabajo, entonces, no se refieren particularmente a la relación del fiel con su Dios, sino parten de mi relación contigo, continúa con mi relación con todos, hasta llegar a mi relación con la totalidad de lo que es.

J. W.

Setiembre de 2014

Prólogo

Frente a los conflictos del mundo en que vivimos nos preguntamos si tenemos que aceptar y adaptarnos a la situación que vivimos o reaccionar de alguna manera y, si así fuera, cuál sería la reacción más beneficiosa para nosotros y para todos. Sin embargo, por buena que sea la respuesta que elijamos para trabajar sobre los problemas de nuestras sociedades, pocas veces solucionaríamos nuestros problemas interiores.

En realidad, no nos satisface encontrar salidas que solo nos prometan un mundo mejor; queremos profundizar en los problemas que sufrimos. Sentimos la necesidad de comprometernos más allá de hacer esto o aquello. Pero esta necesidad se transforma en angustia cuando nos preguntamos cómo comprometernos. Estamos llegando a dudar de nuestra propia identidad y de la autenticidad de nuestras actitudes, como si nuestra aceptación o nuestra rebeldía no nos fueran propias sino producidas por un medio que absorbe nuestro ser y lo diluye en una serie de reacciones automáticas.

Uno de los problemas más graves de nuestra época consiste en que no todos contamos con medios adecuados a las necesidades de nuestro desenvolvimiento y, cuando los tenemos, es evidente que no los aprovechamos bien. En la práctica, somos formados –cuando no deformados– por las circunstancias; la orientación que recibimos resulta de la situación que ocasionalmente nos toca vivir en nuestro entorno.

En este trabajo estudiamos nuestra relación con el medio, la forma en que nuestros estados de conciencia determinan la relación que tenemos con el medio y la posibilidad de expandir nuestros estados de conciencia.

El texto se divide en cuatro partes. La primera parte trata sobre los estados de conciencia. En vez de intentar el análisis de los estados de conciencia posibles, lo que supondría una enumeración arbitraria, hemos delineado las característi-

cas básicas de aquellos estados de conciencia que, a nuestro juicio, marcan etapas fundamentales de nuestro desenvolvimiento.

La segunda parte describe los matices de una actitud interior que nos permite participar; que trasciende la dicotomía asimilación-reacción; que nos da libertad para vivir comprometidos sin que nuestra participación signifique una subordinación oscura.

La tercera parte se refiere al proceso que solemos experimentar cuando pasamos del estado de conciencia que hemos llamado *positivo* al que consideramos *negativo*, y describe cómo se viven en esa etapa las ideas expuestas en los capítulos anteriores. La hemos titulado “De la Mística de la Renuncia”. Mística, porque la expansión interior conduce a un estado de unión, primero con quienes nos rodean, luego con todos los seres humanos y, al menos idealmente, con todo lo que existe y con Dios. “De la Renuncia”, porque entendemos que la renuncia es una fuerza que hace posible la expansión permanente del estado de conciencia.

La última parte trata aspectos de la orientación espiritual. Cuando se habla de orientación espiritual se suele pensar en la que imparte el sacerdote al fiel de su Iglesia. En este trabajo tratamos de ampliar el concepto de orientación espiritual más allá del marco de las creencias. Al desarrollar este tema trazamos los rasgos que, según entendemos, convendrían a la orientación que necesitamos para desenvolvernos.

Pero no somos orientados exclusivamente por los consejos que se nos puedan dar en un momento de nuestra vida, recibimos también una enseñanza continua del medio. Sin embargo, si tenemos en cuenta cuanto influye el medio sobre nosotros, es triste comprobar cómo hoy el medio actúa de múltiples maneras como una fuerza manipuladora en vez de impulsar nuestro desenvolvimiento,

En realidad, nos estamos manipulando unos a otros, porque todos somos el medio.

La cuestión es ésta: ¿es justo manipular?

Cuando manipulamos a otros no solo los degradamos sino que también nosotros nos degradamos. Nos negamos como seres y nos transformamos en objetos. No hay solución para los problemas que sufrimos si se basa en la degradación de unos y otros. Es decir, si la solución que aplicamos consiste en un nuevo tipo de manipuleo. Y cualquier manipuleo nos transforma en consumidores.

Nuestra sociedad es de consumo no porque eventualmente esté centrada en los bienes de consumo, sino porque nos ha transformado en bienes de consumo a través de la propaganda, el manejo de la información y de medios que nos azuzan en un sentido u otro, cuando no a dividirnos y destruirnos unos a otros. Cuando buscamos clientes, adeptos, prosélitos, hacemos de alguien –un ser humano– un producto del cual nuestra causa –personal, social, económica, ideológica, religiosa– pueda alimentarse.

Si comprendiéramos mejor los estados de conciencia que nos hacen lábiles a la manipulación quizá podamos trabajar en forma conjunta para lograr una sociedad más armónica y un mundo con paz.

I. DE LOS ESTADOS DE CONCIENCIA

Estados de Conciencia

Cuando hablamos del ser humano pensamos en un individuo genérico y no en una mujer o un hombre específico. Cuando decimos que una persona es igual a otra solemos pensar que un individuo es lo mismo que otro individuo. Pero cada uno de nosotros es único. Si bien la humanidad es un todo, cada hombre y cada mujer es un individuo particular, con un estado de conciencia peculiar.

Llamamos estado de conciencia a la noción que tenemos de nosotros mismos, de nuestro entorno y de nuestra situación en la vida y el mundo.

Cuando nos identificamos con el medio nuestro estado de conciencia está determinado por ese medio. Nuestra noción de ser depende de las características –históricas, sociales, culturales, biológicas– del medio en que vivimos. Pero ni la cultura, ni el credo, ni la nacionalidad, ni la raza son bases suficientes para determinar nuestro estado de conciencia real. Es cierto que todas esas características tienen importancia, que los sucesivos cambios del medio tienden a provocar otros correlativos en nosotros, y que cuando vivimos en un medio desarrollado estamos en mejores condiciones para desenvolver nuestras posibilidades. Pero mientras nos identifiquemos con el medio en que vivimos, nuestro estado de conciencia será una función de ese medio; entonces, los cambios de éste nos afectarán sólo superficialmente, la noción que tengamos de nosotros mismos y de nuestra circunstancia no variará substancialmente.

Si bien el desarrollo del medio puede favorecer el desarrollo de un estado de conciencia identificado con ese medio, no altera necesariamente su naturaleza. Podremos saber más sobre nosotros y nuestro entorno, pero es difícil que cambie lo que sentimos y pensamos sobre quiénes somos y el mundo en que vivimos. Recién cuando trascendemos esa identificación se produce un verdadero adelanto en nuestro estado de conciencia.

En otras palabras, la naturaleza de nuestro estado de conciencia particular se determina a través de su característica fundamental: si es o no una función derivada de nuestra identificación con algo exterior a nosotros mismos.

El desenvolvimiento del estado de conciencia se ha relacionado, tradicionalmente, con el campo de la mística. Pero si dejamos de limitar la mística a un objetivo, de encasillarla dentro de una definición que implica una teología y una filosofía, le podemos dar una amplitud en la que cada uno de nosotros se encuentre a sí mismo, se comprenda a sí mismo, descubra cómo es, qué le ocurre, cuál es el camino de su propio desenvolvimiento.

Para conocer nuestro estado de conciencia hemos de reconocer que tenemos un estado de conciencia, y que “un” estado de conciencia es temporario y limitado. Recién cuando reconocemos la temporalidad y limitaciones de nuestro estado de conciencia lo podemos conocer, y al conocer nuestro estado de conciencia podemos comenzar a expandirlo. Ese conocimiento es la base fundamental que, al mismo tiempo de ser nuestro punto de partida, nos indica la dirección de nuestro desenvolvimiento. Y aquí podríamos preguntarnos qué es desenvolvernos.

Por cierto que por medio de la instrucción, el estudio, la capacitación, adelantamos en nuestro desenvolvimiento. Pero es común que, a pesar de todo lo vamos sabiendo sobre nosotros y el mundo en que vivimos, no cambie fundamentalmente lo que pensamos sobre nosotros mismos y nuestro rol en la vida. Por eso, cuando aquí hablamos de desenvolvimiento, no nos referimos solo al desarrollo de nuestra capacidad intelectual, artística o práctica, sino al que llamamos espiritual, por estar relacionado con nuestra conciencia.

En este contexto, entendemos que desenvolvernos espiritualmente significa expandir nuestro estado de conciencia.

¿Cuál es, entonces, el estado de conciencia del que tenemos que partir para comenzar esa expansión?

Cada individuo tiene un estado de conciencia. Pero si pretendiéramos dividirnos según nuestros estados de conciencia llegaríamos a clasificaciones arbitrarias; ¿quién puede determinar el estado de conciencia de una persona? Además, nuestro estado de conciencia no es homogéneo. En un momento nos expresamos de una manera que permite suponer que tenemos un cierto estado de con-

ciencia; en otro momento lo hacemos según las características de un estado de conciencia diferente.

Nuestro mundo interior también es aparentemente contradictorio; en él se manifiestan simultáneamente tendencias diversas, a veces opuestas, que pueden hacer pensar que hay en nosotros diversos estados de conciencia al mismo tiempo.

En cierto sentido, podríamos decir que somos un compuesto. Mente y corazón, razón y pasión, voces instintivas y llamados espirituales son fuerzas que están en nosotros, que luchan por predominar y que no siempre nos permiten tener una visión clara de lo que somos. No obstante, es posible trazar algunas líneas generales que ayudan a explicar didácticamente ciertas etapas de nuestro desenvolvimiento. A estas etapas también las denominamos estados de conciencia. En nuestro proceso de desenvolvimiento espiritual cada etapa es, en realidad, un estado de conciencia.

En este trabajo llamamos *estado de conciencia positivo* a la etapa en la que desarrollamos nuestra personalidad y nos determinamos en ella. Es decir, fijamos los límites de nuestra noción en ser en la personalidad que hemos adquirido, al punto de identificar esa personalidad con nuestra idea de qué somos y quiénes somos.

Llamamos positivo al estado de conciencia de esta etapa porque sentimos que somos más cuando añadimos –o sumamos– poder, riqueza, posesiones, conocimientos, títulos, habilidades (o lo que consideremos valioso) a lo que creemos ser. En esta etapa sentimos y pensamos que tener más equivale a ser más.

En el estado de conciencia positivo desarrollamos la mente racional y estructuramos la vida dentro del sistema de pares de opuestos: bueno o malo, cierto o errado, ganancia o pérdida, amigo o enemigo. Y generalizamos esas calificaciones como si lo que para uno es válido también fuera válido para todos.

Dentro del estado de conciencia positivo hemos recorrido –y seguimos recorriendo– un largo camino. En un principio la vida era sólo una expresión del instinto de conservación. Vivir era perdurar. El instinto de conservación era, en

nosotros, la manifestación de la voluntad de la naturaleza. En este estado de conciencia, entonces, nuestra voluntad es la voluntad de la naturaleza. Amar es obedecer esa voluntad. Nuestra conciencia de ser es apenas incipiente; se asienta en las expresiones comunes a la especie: somos-como-especie.

Pero para perdurar necesitamos defendernos. La defensa marca tenuemente ese “algo” que defendemos. Ese “algo” es uno mismo más lo que constituye la primera extensión de quién es uno: seres ligados a uno, o cosas como alimento, utensilios, armas.

El instinto de conservación aglutinó a los primeros grupos humanos. El grupo devino en familia, pueblo, raza, nación. El crecimiento del grupo –el Yo mayor– no significó, sin embargo, un cambio fundamental en nuestro estado de conciencia. No siempre participamos plenamente con la totalidad de un grupo, sino que nos identificamos con un grupo en la medida en que ese grupo nos sirve y nos protege. Esto hace que el número de personas que forma nuestro grupo aumente o disminuya según las circunstancias.

Es así que no siempre amamos a todos los del grupo; amamos a los que, en el momento, consideramos “nuestro” grupo. Como el grupo cambia de acuerdo con las situaciones que debemos afrontar, podemos trocar nuestro amor por odio, o viceversa. Podemos rechazar hoy la familia con la que antes nos identificábamos, o la agrupación, el pueblo, el país, la raza. Nuestra identificación no es genuina, es de intereses, ya sea sociales, políticos, ideológicos o económicos.

Algunas veces nuestra identificación parece total, como en el caso de una guerra o de una persecución que amenace la supervivencia de nuestra nación, nuestra raza, nuestra congregación. Pero una vez pasado ese peligro volvemos a reducir nuestra identificación al grupo pequeño que, dentro de nuestra raza, nuestro pueblo, nuestra congregación, coincide con nuestros intereses. Nuestra identificación con el grupo no solo es parcial, sino también superficial y temporaria.

A medida que nos defendemos se va delineando nuestra personalidad. Como no tenemos todavía una conciencia profunda de ser, nos identificamos con lo

que defendemos: nuestro cuerpo, nuestras pertenencias, nuestra prole, nuestro grupo. Somos todo eso. No tenemos aún personalidad propia. En esta etapa, lo único propio es nuestro cuerpo. Aplicamos nuestra voluntad, entonces, a la satisfacción de todo lo que el cuerpo nos pida.

La satisfacción de las necesidades físicas nos lleva rápidamente a identificarnos con nuestro cuerpo. Nuestra voluntad está al servicio de un yo físico. Amar es amar un sí mismo que es, principalmente, un yo físico. La satisfacción de los deseos de ese yo es la necesidad básica, y sobre ella estructuramos las leyes que, para nosotros, rigen la vida. De esa manera cada uno de nosotros se hace una persona separada y diferente. Nuestra conciencia encarna: somos-en-un-cuerpo. Nuestra personalidad adquiere límites precisos. Las diferencias físicas son las que hacen resaltar la personalidad propia. Se acentúa la división en razas según sus características físicas.

Pero al determinarnos en una personalidad nos quedamos solos. Antes éramos como grupo; ahora estamos frente al grupo. El amor instintivo junta pero no une. Entonces buscamos el encuentro, la comunicación. La necesidad de compartir hace nacer el afecto recíproco, que perdura más allá de la necesidad física. Aparece el semejante: otro similar a uno.

El sentido de defensa nos arraiga profundamente en la personalidad que hemos adquirido y fortalecido; no queremos morir. Como no podemos evitar nuestra muerte nos arraigamos en la vida a través de nuestros logros y nuestros hijos; ellos prolongan nuestra vida. Nos arraigamos en la posteridad, como un modo de proyectarnos más allá de nuestra muerte. Queremos escapar de la cárcel del tiempo.

Pero el anhelo de liberarnos del tiempo es un modo de desear liberarnos de la personalidad que hemos adquirido. La personalidad no nos limita solo en un yo, nos limita también en un tiempo determinado: mientras dure la vida física del yo.

El deseo de liberarnos de nuestras limitaciones marca el comienzo de la expansión de nuestro estado de conciencia. Descubrir a otro es expandir el amor.

Cuando se descubre al semejante nace la caridad; es decir, la capacidad de sacrificarnos por los semejantes. Sufrimos por ellos, trabajamos para ellos. Pero la idea de semejante implica la de diferente. Así como protegemos al amigo – aunque fuera solo en nuestro mundo mental y emocional– atacamos y hasta llegamos a destruir al enemigo.

Al determinarnos en una personalidad, determinamos nuestra visión de la vida dentro del sistema de pares de opuestos: yo y los demás, los semejantes y los diferentes. Nuestra caridad es el movimiento incipiente del amor expansivo, pero todavía no alcanzamos a comprender a todos los seres humanos como semejantes o, dicho de otro modo, a sentirnos como parte indivisible de la humanidad toda.

Nuestra conciencia se ha expandido, pero no cubre más que una existencia vista a través de la visión dualista, en la que el bien y el mal encarnan en un mundo de buenos y de malos. Todavía no podemos concebir la compasión sino sólo hacia los buenos. Nuestra concepción de Dios es similar a la del Dios de los Ejércitos que protege a los buenos, entre los que nos incluimos, y destruye, o debería destruir, a los malos.

El estado de conciencia positivo nos permitió la conquista de la naturaleza y la posibilidad de salir al espacio. Pero también desarrolló nuestra capacidad de destruir. Nos dio alas materiales, pero no nos enseñó a volar interiormente. Podemos escapar del mundo terrestre y salir al cosmos con nuestras naves espaciales, pero no podemos trascender fácilmente nuestra angustia y nuestros problemas interiores, ni tampoco hallar la salida del círculo vicioso de los problemas creados por nuestro propio progreso.

Pero el amor es como una flor que, cuando comienza a abrirse, sigue expandiéndose hasta mostrar toda su belleza y exhalar todo su perfume. El amor es la puerta que nos lleva a trascender el estado de conciencia positivo.

Cuando nuestro amor deja de pedir comienza la mística.

Dejar de pedir es dejar de esperar que se cumplan nuestros deseos, dejar de perseguir objetivos limitados a nuestros intereses particulares. Pero en esta eta-

pa, amar sin perseguir algo a través del amor es una renuncia para la personalidad que hemos adquirido, porque esa personalidad expresa separatividad. Por nuestra actitud positiva no comprendemos que, si de allí en adelante no renunciamos a los límites particulares en los que nos hemos determinado, no expandiremos nuestra conciencia.

La expansión producida por la renuncia a los límites en los que circunscribimos nuestra conciencia es de una naturaleza diferente de la expansión positiva que estábamos acostumbrados a experimentar cuando sólo agregamos algo a lo que sentimos que somos. Ya no es un aumento de alguna medida de nuestra personalidad, sino una expansión de la noción que tenemos de nosotros mismos.

Llamamos *negativa* a esta expansión de nuestro estado de conciencia, porque no encontramos otra mejor para designar una expansión que no es positiva. La expansión positiva es un aumento en extensión, una adición: más personas, más bienes, más poder, más territorio, más espacio a la extensión de nuestro mundo particular. La expansión negativa, en cambio, es interior, en profundidad; es una espiritualización de nuestro estado de conciencia.

Cuando trascendemos la representación dualista de la existencia, nuestro amor se expande interiormente hasta abarcar en uno todo lo que sabemos que existe. Se transforma en *participación*.

Hasta ese momento, amar significaba un movimiento: algo que partía de uno, algo que llegaba a uno. Participación, en cambio, es identificación interior. Los seres viven en uno. La comunicación deja de ser solo un movimiento y se establece por la expansión de la conciencia de ser. Ser es ser en todos.

Por otro lado, cuando nos expandimos interiormente podemos describir nuestra vida como Presencia. Ya no vivimos saltando de experiencia en experiencia. Nuestra conciencia de ser se arraiga en el instante presente, que es nuestro único contacto con el fluir de la vida. Y se mantiene presente en nosotros todo lo que existe en la vida, de acuerdo con nuestra percepción.

Cada uno de nosotros tiene un estado de conciencia. Dentro de nuestro estado de conciencia hay muchas posibilidades que, al ser realizadas, nos brindan el

conocimiento del campo que abarcamos con nuestro estado de conciencia. Pero nos desenvolvemos realmente cuando expandimos nuestro estado de conciencia.

Amar a Dios

Siempre hemos dado gran importancia a lo que cada uno cree y, consecuentemente, nos hemos dividido según nuestras creencias. No obstante, desde el punto de vista de nuestro estado de conciencia, consideramos que quizá es más importante *cómo* creemos y no *en qué* creemos. Es decir, cuán abierta o cerrada es nuestra manera de creer.

Podemos decir que creemos en Dios y que deseamos el bien de todos los seres. Pero según nuestro estado de conciencia creer en Dios y amar a todos puede significar abnegación y ofrenda, o destrucción y muerte.

Dios no significa lo mismo para todos. Un individuo puede querer no limitarse dentro de la idea que otro tiene de Dios. Esto no significa que no crea en Dios sino que su visión interior le brinda una comprensión o intuición que, para él, es más profunda –o diferente– de lo divino.

Cada estado de conciencia determina una visión particular de la vida, del mundo y también de Dios. Estas diferencias se pueden comprender desde un estado de conciencia que pueda abarcar las diferentes visiones particulares. En este caso, no tratamos de buscar armonía conciliando las opiniones dispares de las diversas creencias, sino que procuramos ubicarlas en relación con el alcance, las características y las posibilidades de cada estado de conciencia.

Por más excelso y espiritual que sea el mensaje espiritual que se nos trasmite, cada uno lo comprende de acuerdo con su estado de conciencia. Puede ser que lo entendamos en forma vaga, difusa, que lo único que alcancemos a ver con claridad sea el paso inmediato en nuestro desenvolvimiento, el esfuerzo que nos permita ampliar nuestro estado de conciencia.

No hay acrobacias en el proceso de expansión de nuestro estado de conciencia. Cada uno avanza paso a paso, por etapas, en ese proceso.

El amor a Dios no es propio de un solo estado de conciencia. Es la fuerza espiritual que nos impele continuamente para que expandamos nuestro estado de conciencia, y se manifiesta con características diferentes a medida que pasamos

de un estado de conciencia a otro más amplio. En nuestras primeras etapas Dios era el Gran Jefe que nos asistía para encontrar alimento, sobrevivir al ataque de las fieras o de las enfermedades, destruir a las tribus enemigas. En etapas más adelantadas podemos referirnos a Dios como el supremo amor al que nos unimos por la ofrenda y la renuncia a nosotros mismos.

A primera vista, la descripción de los sucesivos modos de amar podría hacer suponer que el adelanto consiste en amar a un número cada vez mayor de personas, y que esto se reflejaría en un nuevo estado de conciencia.

Amar más siempre es un adelanto, pero no significa necesariamente un cambio en el estado de conciencia. En cada sucesivo estado de conciencia se desenvuelve la naturaleza del amor. Amar a otro, además de amarse a uno mismo, es bueno; pero el amor a otro, o a muchos, puede ser solo otra manera de amarse a uno mismo.

Amar a todos no consiste, entonces, en amarse a uno mismo, más amar a otro, más otro, más otro. Recién amamos a todos cuando no existe “otro”. Éste es un nuevo estado de conciencia, un nuevo amor.

Algunos pensamos que podremos expandir nuestro estado de conciencia si experimentamos estados de conciencia diferentes del que es habitual en nosotros. Hay varias maneras de hacer experiencias en otros estados de conciencia. Pero, luego de esas experiencias, la mayoría no sabe qué hacer en su propio estado de conciencia.

Otros han buscado el éxtasis como si éste fuera la liberación, y algunos guías espirituales solo enseñan los métodos que podrían conducir eventualmente hacia un éxtasis o a una experiencia extra-ordinaria.

El éxtasis es la experiencia momentánea de un cierto estado de conciencia; pero no es posible vivir en un éxtasis permanente. A nuestro entender, el éxtasis representa sólo una de las experiencias posibles para nosotros.

Hacer del éxtasis el objetivo de la vida espiritual sería reducir la vida a una preparación para una experiencia. Además, la idea de que el éxtasis es la culminación del desenvolvimiento humano ha inducido frecuentemente a confun-

dir el significado de la vida espiritual, ya sea porque no se aceptara al éxtasis como una posibilidad real, ya porque se lo entendiera como la más alta posibilidad. Por eso consideramos que, en el proceso de nuestro desenvolvimiento, es prudente apartarnos del camino de las experiencias psíquicas y concentrarnos en la tarea de ampliar nuestra visión de la vida y el mundo, de profundizar nuestro sentido de participación, para estimular la expansión de nuestra conciencia.

Estar en un estado de conciencia no significa haber superado los anteriores, si por superar se entiende no tener ya rastros de ellos. Todos los pasos que damos dejan una huella en nosotros.

A lo largo de nuestra historia, cada estado de conciencia representó, en su momento, una realización alcanzada tras largos años de experiencias, con gran esfuerzo y sufrimiento. Cada estado de conciencia marcó un jalón del desenvolvimiento humano. Y dejó su marca.

En la actualidad no nos expresamos como si todos tuviéramos un único y definido estado de conciencia. Nos manifestamos como un compuesto en el que se enfrentan estados de conciencia pasados, a veces entre sí, a veces contra la posibilidad de un desarrollo que signifique alcanzar un estado de conciencia más expandido.

Tampoco nos expresamos siempre de la misma manera; lo hacemos según el estado de conciencia que prepondera en nosotros en cada momento. Pero siempre permanece vivo en nuestro interior el anhelo de lograr un amor que nos lleve hacia un estado de conciencia más amplio. Nuestras conquistas pudieron haber sido maravillosas y nuestras satisfacciones profundas. Pero el anhelo de algo que nos trascienda nos hace sentir insatisfechos con lo que somos y con lo que hemos logrado.

Al mismo tiempo, el recuerdo inconsciente de las etapas recorridas nos llama hacia atrás, a volver a vivir experiencias pasadas. Pero lo que en su momento fue un adelanto para nosotros, ahora sería un retroceso.

Así como la expansión de nuestro estado de conciencia nos lleva a trascender el sistema de pares de opuestos, a rescatar la visión de la vida y del individuo de las casillas de lo bueno y lo malo absolutos, esa libertad tendría que traducirse, por un lado, en una adecuación progresiva de nuestra conducta a esa expansión y, por otro, en dar un alcance cada vez más elevado a nuestra idea del bien y de lo que es responsable hacer.

En la medida en que adelantamos en nuestro desenvolvimiento espiritual perdemos, aparentemente, la libertad de hacer aquello que en una etapa anterior nos parecía lícito. La elevación continua de la idea del bien parecería restringir paulatinamente nuestro campo de acción, pero no es así; al contrario, nos protege de nuestra tendencia a retroceder, a repetir inútilmente experiencias terminadas. Al cerrar la puerta de atrás nos impulsa hacia un estado de conciencia más expandido.

Los problemas personales, los conflictos sociales derivados de las relaciones humanas, muy pocas veces tienen solución si no los trasladamos a un contexto mayor del que los genera. *Es inútil buscar soluciones para problemas que son generados por un estado de conciencia, si esas soluciones se imaginan con la mentalidad propia de ese mismo estado de conciencia.* La única vía posible es expandir el estado de conciencia hacia uno más amplio, en el que los problemas se comprendan de una manera más profunda y universal.

Nuestra labor fundamental, entonces, es la de aprender a expandir nuestro estado de conciencia.

Algunos piensan que esta labor debe hacerse desde afuera hacia adentro, por un cambio de sistema que dé una nueva visión de la sociedad y sus problemas. Pero todo trabajo exterior es insuficiente si cada uno de nosotros no trabaja voluntaria y libremente sobre sí mismo, en su mundo interior.

No podemos depender solo de lo que recibimos de afuera o de lo que otros nos digan que hagamos –o que estemos obligados a hacer– para adelantar en nuestro desenvolvimiento. El respeto por la libertad individual es imprescindible para que el desenvolvimiento espiritual sea posible. Sin ese respeto a la propia libertad no podríamos desarrollar nuestra responsabilidad ni desenvolvemos

más allá de un cierto límite. La coacción, en vez de aumentar la responsabilidad, produce el rechazo hacia la obligación impuesta.

Mientras no sintamos como un imperativo interior lo que debemos hacer, no podremos trascender nuestros problemas, ser responsables, realizar nuestras posibilidades interiores. Si bien necesitamos pautas e ideas-guía, la coacción impide el desarrollo de la responsabilidad.

Por otra parte, es improbable que por nosotros mismos, sin ayuda alguna, podamos adelantar en nuestro desenvolvimiento tanto como anhelamos. Necesitamos una orientación, pero ésta ha de ser extremadamente prudente, equilibrada y sabia. Así como no es suficiente que alguien desee desenvolverse para lograrlo, tampoco basta repetirle que debe cambiar para que cambie.

Pocas veces ha dado un resultado feliz limitarse a decir a otro lo que debe hacer. Esto ha conducido a la necesidad de vigilarlo para que lo haga, y ha terminado generalmente en un régimen de sanciones para castigarlo cuando no lo hace.

Como cada uno considera habitualmente que sus creencias y sus ideas son mejores, o al menos más correctas, que las de los demás, normalmente trata de imponerlas por la persuasión o por la fuerza; desea que sean reconocidas y aceptadas por todos. Esto sería confundir universalidad con hegemonía, o con el asentimiento de una mayoría, o con gran número de adherentes, creyentes o simpatizantes.

Una idea o una creencia no es más universal que otra porque la profese un mayor número de personas. La cantidad de adherentes no determina su naturaleza. La universalidad de una idea depende de su alcance *como idea*, del marco sobre el que se proyecta y de la naturaleza del medio que le sirve de referencia. Por otra parte, aunque una idea sea en sí universal, siempre se expresa a través de seres humanos. De manera que el alcance de una idea depende también del grado de universalidad de quienes la exponen o la transmiten.

Cuando nuestra actitud es posesiva –cuando nuestras ideas o creencias son *nuestras*– no podemos comprender una idea universal. Con esa actitud, lo im-

portante para nosotros no es el bien y adelanto del ser humano, sino que nuestra creencia se imponga. Nuestra actitud posesiva hace del ser humano un objeto al cual convencer o convertir; pero, al mismo tiempo, también nosotros nos hacemos objetos de nuestra propia creencia.

Por esta razón, es común que nuestros sistemas de ideas y de creencias sean posesivos, pero no porque alguno de ellos no sea en sí mismo universal, sino porque normalmente los expresamos con intención y actitud posesivas.

Mientras demos un alcance personal a las ideas que profesamos no llegaremos a comprender ni una idea universal ni ideas diferentes de las nuestras. Y cuando no las comprendemos, nuestra tendencia natural es sospechar de toda idea que trascienda el marco de nuestras creencias.

Pero a medida que ampliamos nuestro estado de conciencia vamos dando un sentido también más universal a nuestras ideas. Esto nos permite comprender las diferentes actitudes de las personas respecto de sus creencias y también nuestra propia actitud hacia las nuestras; es así como profundizamos nuestra fe y ampliamos nuestra conciencia, por lo que sentimos una gran expansión interior: alcanzamos una visión más completa del mundo y de la vida, redescubrimos los seres y el medio. Esa experiencia nos da una gran plenitud interior y una manera más incluyente y profunda de pensar, de sentir y de vivir el amor y, por supuesto, el amor a la libertad interior y el amor a Dios.

Pero una realización no es la realización última; es solo una etapa cumplida. Si bien para nosotros una etapa cumplida sí es una realización, nuestro sendero no acaba allí. Más que pensar en una realización final, tendríamos que desarrollar un concepto dinámico de la realización. Cada final es un nuevo comienzo.

El paso de un estado de conciencia a otro más amplio implica transformaciones de fondo con crisis, luchas y dolores; esto es evidente a lo largo de la historia humana. Sin embargo, no todos los conflictos sufridos significan siempre un cambio fundamental en el estado de conciencia. Para comprender un momento del desenvolvimiento humano es preciso discernir si sus problemas son generados por su estado de conciencia, o revelan la crisis producida por un cambio en su estado de conciencia.

El desenvolvimiento espiritual del ser humano no es una experiencia particular; la vocación espiritual tampoco es la inclinación de cierto tipo de personas. Nos desenvolvemos según una línea que, en términos generales, es común a todos, la cual marca el desarrollo expansivo de nuestro estado de conciencia. Cuando comprendemos este proceso de expansión comprendemos también que el desenvolvimiento humano tiene una dirección definida. Esta comprensión aclara la idea de qué es lo deseable para nosotros y nos permite dar a nuestra vida una orientación consecuente con las mejores posibilidades humanas. La expansión de nuestra conciencia nos significa, entonces, una participación y responsabilidad crecientes. Y esa expansión no tiene límites.

Como tampoco tiene límites el amor a Dios.

Positivo y Negativo

En el lenguaje corriente damos a las palabras positivo y negativo una acepción similar a la de bueno y malo, deseable e indeseable, adelanto y retroceso. En este texto las empleamos para describir dos actitudes interiores diferentes que determinan dos relaciones distintas entre uno y los seres, las cosas, las metas. Asimismo, definen dos tipos de posesión y de objetivos.

Llamamos *esfuerzo positivo* a la aplicación de la energía sobre un objetivo determinado para obtener un resultado deseado. Nos sirve para adquirir conocimientos, mejorar la producción, elevar el nivel de vida, conservar la salud, desarrollar sensibilidad, habilidades prácticas y cognitivas. Sirve también para ganar dinero, para hacer amistades. El esfuerzo positivo es la expresión de la voluntad personal que nos permite subsistir, progresar y relacionarnos con el medio.

Pero no nos sirve para ser felices. Para tener paz interior.

Por medio del esfuerzo positivo uno puede controlarse, pero no desenvolver su estado de conciencia en forma significativa.

El esfuerzo positivo es eficaz para adquirir bienes exteriores a nosotros – materiales, intelectuales– que enriquecen nuestra personalidad por adición. Cada conquista aumenta nuestro haber particular.

La humanidad adelantó, y sigue adelantando, a través del esfuerzo positivo. Con este tipo de esfuerzo hemos logrado comunicarnos mejor y en forma más rápida unos con otros, pero no necesariamente comprenderlos ni comprendernos.

El esfuerzo positivo es indispensable para vivir y desarrollarnos materialmente. También es indispensable para desenvolvemos espiritualmente. Pero si no lo entendemos correctamente puede ser un obstáculo en nuestro desenvolvimiento, en vez de ser la herramienta que debería ser.

La actitud interior positiva nos lleva a identificarnos con nuestros atributos y nos determina, o encasilla, en ellos. Estos atributos pueden ser de nuestra mente –inteligencia, imaginación, conocimientos, habilidades intelectuales–, de nuestra sensibilidad, de nuestro cuerpo, de nosotros como personas con derechos, deberes, privilegios, posesiones. Cualquier aumento en el número o en la calidad de nuestros atributos es un enriquecimiento. En los términos positivos, enriquecimiento es adelanto.

Consecuentemente, nuestra finalidad dentro de una concepción positiva de nosotros mismos y de nuestras vidas es tener más. Tener más es nuestra manera de ser más; perder, entonces, sería ser menos.

En el aspecto espiritual, para una concepción positiva renunciar significaría una pérdida que sólo tendría sentido si estuviera compensada con una ganancia mayor. Es decir, si renunciar sirviera para ganar algo que no pudiéramos obtener de otra manera. Nuestros esfuerzos, incluso para renunciar, únicamente tendrían sentido si se tradujeran en nuestro enriquecimiento personal.

La pregunta clásica de la actitud positiva es “¿qué gano con eso?”. La ganancia debe ser algo que podamos evaluar positivamente y, sobre todo, poseer personalmente. “Si dejo algo es para ganar mucho más de lo que dejo. Si no, ¿para qué dejarlo?”

Cuando nos determinamos¹ al identificarnos en forma positiva con nuestros atributos, sólo sabemos vivir haciendo. En ese marco, para nosotros vivir es hacer. Hacer, es hacer algo, y hacer algo para obtener algo.

Hacer es un atributo del ser. Cuando uno identifica la vida con un hacer, será difícil que pueda conocer la vida. Mientras tiene mucho para hacer, supone tácitamente que el descubrimiento del ser vendrá luego en forma espontánea. Pero a medida que aumenta nuestro haber, la incógnita del ser se nos hace cada vez más evidente y despierta nuestra angustia. Entonces nos preguntamos nuevamente “¿qué tengo que hacer?”

Ser.

Por cierto, no podemos dejar de actuar en forma positiva; siempre estamos haciendo algo. Pero no somos una sucesión de acciones ni un conjunto de atributos. Para terminar con la identificación positiva no podemos hacer un nuevo esfuerzo; no es posible un esfuerzo negativo. Todo esfuerzo es positivo. Para no identificarnos con lo que hacemos, tenemos o logramos no requerimos un es-

¹ *Determinar* se usa para expresar la limitación producida por una identificación positiva. Cuando uno determina la vida en su vida, reduce la existencia a su vida personal. Cuando determina la vida en actos, la asimila a una sucesión de acciones. Uno se reduce como ser al limitarse en acciones que son sólo una expresión de sus atributos pero no son su ser. Cuando determina su vida en actos, determina también la visión que tiene de sí mismo y de las personas. Si bien, por supuesto, sabe que las demás personas sienten y piensan, su visión de ellas es la de gente que hace algo. Además, la determinación implica una reducción de la conciencia. Cuando uno se determina dentro de un sistema de creencias o de ideas no tiene conciencia de su pensamiento propio. Cuando se expresa, no es uno quien se expresa; lo hace el sistema de ideas o de creencias a través de uno, que sólo opera como un agente. Cuando nos determinamos no nos comunicamos como individuos, no nos conocemos verdaderamente; nos transformamos en agentes por los cuales se expresan las creencias en las que estamos determinados. Cuando uno se determina, todas sus manifestaciones se subordinan a su determinación. Obviamente, aunque uno se determine en actos, no deja de pensar y de sentir, pero todas sus expresiones, incluso su sentir y su pensar, son funciones de su determinación fundamental. Ante cualquier situación su reacción es "¿qué tengo que hacer?". Es decir, su expresión es siempre operativa.

fuerzo más o uno diferente del acostumbrado, sino una nueva actitud interior, a la que llamamos negativa.

Es, en otras palabras, una actitud de no-posesión.

La posesión personal, por ser extrínseca –tener implica poseer algo diferente de lo que soy; decimos *yo tengo algo*– conduce a una identificación positiva, ya que mi noción de ser y de valer incluye lo que tengo o he ganado. Y esta identificación determina nuestro estado de conciencia dentro de límites contingentes. Es decir, límites que varían según lo que tengo, gano o pierdo

No es posible la expansión espiritual con una actitud interior positiva. La única expansión sería la producida por el aumento de nuestros atributos, una expansión por adición: más bienes, más conocimientos, más capacidades, más experiencias.

La expansión espiritual es participación interior, y sólo es posible cuando hemos trascendido el sentido de posesión personal. Es decir, la idea de ser totalmente dueño de algo, una idea que siempre viene asociada con el riesgo de perder aquello de lo que nos sentimos dueños y con la necesidad de protegerlo y preservarlo. Además, solemos pensar que por ser dueños podemos disponer a nuestro antojo de lo que creemos nuestro. Como los bienes interiores no se usufructúan de esa manera, es corriente que no los entendamos como una posesión efectiva, cuando es, en verdad, la única que no podemos perder. ¿Quién podría reducir el contexto que abarcamos en nuestra conciencia, arrebatarnos lo que hemos comprendido, rebajar nuestro amor?

El esfuerzo positivo produce nuestro desenvolvimiento espiritual cuando lo acompañamos con una actitud interior negativa, de no posesión. De esa manera, nuestra entrega al objetivo que da sentido a nuestra vida no se reduce a los actos particulares o renunciaciones que efectuamos para lograrlo.

Crecimiento y Desarrollo

Cuando comenzamos una nueva etapa en nuestro desarrollo espiritual tenemos mucho para hacer. Estudiamos, nos ejercitamos, adquirimos hábitos, descubrimos horizontes. Durante el primer período, de aprendizaje, sentimos que adelantamos. Aprender, practicar, es nuestro modo de progresar. Cada nuevo conocimiento que adquirimos nos hace sentir más seguros, confirma que estamos adelantando. Pero siempre llega el momento en el que poco nos queda por aprender. Ya conocemos las líneas generales de nuestro camino, sus principios, sus prácticas. Entonces comenzamos a experimentar una nueva sensación; nos parece que no adelantamos como antes, que nos hemos detenido. Quisiéramos seguir sintiendo que progresamos como en un principio, pero no sabemos cómo. Ya hemos estudiado, ya hemos practicado, ¿qué más podemos hacer?

Hacer las maletas es prepararse para el viaje, pero no es viajar. No confundamos crecimiento con desarrollo.

Sumar conocimientos, aprender ejercicios, no implica un cambio fundamental en nuestro estado de conciencia. A lo sumo, nos predisponen a ampliarla. Cuando descubrimos nuestra vocación y nos disponemos a cumplirla adoptamos un método, comenzamos una práctica, estudiamos, trabajamos. Aprendemos mucho. Pero nuestro objetivo no es aprender solamente; anhelamos expandir nuestra conciencia. Para lograr esa expansión, es bueno que comprendamos que realizaremos nuestra vocación no sólo a través de estudios y prácticas, sino a través de nuestra vida. Una vez que aprendimos a andar nuestro camino, debemos recorrerlo.

Recorrer el camino es algo diferente de lo que hicimos hasta ese momento. Una cosa es aprender a caminar y otra caminar. Mientras aprendemos, el objetivo es mantenernos de pie y dar un paso luego del otro. Pero cuando ya sabemos caminar vamos hacia alguna parte. Esto no significa que en ese momento tengamos que abandonar nuestro método, los ejercicios o los estudios, pero si nos

limitamos a practicar y a entender superficialmente, sin usar lo que sabemos para ampliar nuestra manera de entender y de entendernos, por supuesto que nos sentiremos estancados.

Todo lo que estudiamos y practicamos nos ha de servir para que reconozcamos² nuestro estado de conciencia y, de esa manera, tengamos la base que necesitamos para poder expandirlo. Conocer el propio estado de conciencia es nuestro punto de partida. De allí en adelante nuestro desenvolvimiento nos exige un esfuerzo de naturaleza diferente del que aplicamos en el estudio o en los ejercicios. Nos pide un esfuerzo interior.

Los conocimientos y los ejercicios no son fines en sí mismos, y cuando no los usamos para aprender a vivir y a expandir nuestro estado de conciencia, aumentan nuestra sensación de frustración y estancamiento. Es lógico que sea así; su objetivo es despertar nuestra conciencia para ayudarnos a reconocer lo que somos y el lugar que ocupamos en la vida. Pero somos nosotros quienes tenemos que elegir conscientemente qué vamos a hacer con nuestra vida, y hacerlo.

Crecer en cosas, experiencias, saberes, es aumento cuantitativo; desenvolvimiento, en cambio, implica un cambio cualitativo.

Cuando confundimos esa expansión con crecimiento buscamos nuevos textos, nuevos ejercicios y, quizá, nuevos caminos. Los vamos a encontrar. Pero todos los caminos nos llevan a un mismo punto; una vez que los conocemos nos encontramos nuevamente con nosotros mismos, preguntándonos qué hacer de allí en adelante. Si anhelamos nuestro desenvolvimiento espiritual necesitamos comprender que nosotros somos nuestro propio instrumento.

El crecimiento nos da poder; es aumento de fuerza, de conocimientos, de experiencias. Pero llega un momento en que el crecimiento se detiene y comienza la

² *Reconocer* es aceptar, examinar exhaustivamente, volver a conocer. Al aceptar que estamos en *un* estado de conciencia termina nuestra identificación positiva con ese estado de conciencia. Al aceptar nuestro estado de conciencia sólo como *un* estado de conciencia, lo podemos re-conocer y desenvolver. Esta posibilidad ubica nuestro desarrollo en relación con nuestro ser y no con nuestros atributos—sensibilidad, inteligencia, capacidades, posición en la sociedad—.

declinación. Cuando nos identificamos positivamente con el poder –cualquier tipo de poder– que nos brindó el crecimiento, pretendemos evitar la declinación reteniendo a toda costa el poder que, inevitablemente, se escapa de nuestras manos ya que, si no nos lo quitan otros, nos lo va quitando la vida. Al no comprender la naturaleza de ese poder, que es sólo uno de los signos visibles del crecimiento, al confundirlo con un valor intrínseco e identificarnos posesivamente con él, lo usufructuamos personalmente. El usufructo personal, si bien en algún momento puede parecer el ejercicio real del poder, es pérdida de poder. Cuando el poder logrado por el crecimiento no se emplea para producir un cambio cualitativo, degenera y precipita la declinación y el fin.

Si bien no podemos evitar la declinación física, sí podemos liberar nuestro desenvolvimiento espiritual del par crecimiento-declinación. Lo logramos a través de la comprensión y la práctica de la renuncia a nuestra identificación positiva con lo que adquirimos –bienes, capacidades, logros– y la personalidad que hemos creado para definir nuestra identidad.

El crecimiento está condicionado por un campo limitado de posibilidades. La renuncia a identificarnos con lo que en ese campo asociamos con nuestra noción de ser nos permite trascender la limitación de dicho campo.

Durante la etapa del crecimiento el movimiento es positivo. Cuando el crecimiento culmina en el logro de nuestros objetivos, la comprensión y la práctica de la renuncia nos permiten invertir el movimiento positivo en uno negativo. De esta manera, en vez de proseguir el ciclo según la línea descendente de la decadencia, la realización que alcanzamos se resume en una comprensión que trasciende el usufructo personal de los logros, capacidades o aptitudes que hemos obtenido.

La renuncia a la identificación positiva con el fruto de nuestros esfuerzos expande nuestro estado de conciencia; la comprensión de las etapas que hemos recorrido toma una dimensión más universal. Esta experiencia se hace base de otra etapa de nuestro desenvolvimiento espiritual.

Dentro de un estado de conciencia adelantamos según lo que podríamos entender como una línea de crecimiento, hasta que agotamos las posibilidades pro-

pias de ese estado de conciencia. En ese punto, necesitamos producir un cambio de naturaleza diferente; es decir, una expansión del estado de conciencia que nos abra un nuevo campo de posibilidades.

La renuncia a la posesión positiva transforma una conquista extrínseca en una intrínseca, resume las experiencias hechas en una toma de conciencia que amplía el contexto de la noción de ser y evita la cristalización que siempre produce el usufructo personal del poder alcanzado. A partir de allí se abren nuevas posibilidades de crecimiento.

En otras palabras: si bien la realización de un campo determinado de posibilidades es un progreso evidente, para que ese progreso no se reduzca sólo a la porción ascendente de una línea que siempre termina en un estancamiento o un descenso, debe conducirnos hacia un nuevo campo de posibilidades. Podemos imaginar un diagrama en el que el esfuerzo positivo que permitió la realización de las posibilidades en la porción ascendente debe trocarse en un estado interior negativo –renuncia– en la cima de la línea de crecimiento. De esta manera nuestras conquistas se integran substancialmente a nuestra noción de ser y tenemos así la libertad necesaria para descubrir y realizar el nuevo campo que, en ese momento, representa nuestras posibilidades reales.

La inversión de la actitud positiva en otra negativa nos exige un esfuerzo extra-ordinario. Para lograr la libertad de poder continuar sin interrupciones nuestro desenvolvimiento espiritual no necesitamos hacer un esfuerzo mayor que el positivo, sino un acto de otra naturaleza: simplemente renunciar, cortar el lazo que nos sujeta a lo que creemos haber logrado.

En el lenguaje de la mística esa renuncia se llama ofrenda. Para que esta ofrenda sea realmente una renuncia no debe asentarse en la esperanza de recompensas futuras; ganar es el móvil en el estado de conciencia positivo. Cuando nos ofrendamos impulsados por la fuerza del amor, esa ofrenda nos mueve a darnos a nosotros mismos sin pedir algo a cambio, sin esperar. Esto nos permite mantenernos testigos del movimiento expansivo de nuestra conciencia.

En el estado de conciencia positivo dar lo que uno posee equivale a dar lo que uno es. En realidad, lo que uno da al renunciar es la carga ya inútil de las expe-

riencias que no necesita repetir; uno deja el bagaje adherido por las circunstancias vividas. Al integrar a uno sólo la experiencia escueta, libre de lo accesorio, de lo anecdótico, uno puede comprender cabalmente sus experiencias pasadas. Esa comprensión expande el sentido de participación y profundiza la noción de ser. Esta expansión de nuestro estado de conciencia nos revela nuevas posibilidades que antes, obviamente, no podíamos sospechar que existían para nosotros.

Esta expansión es, para uno, como un nuevo nacimiento.

II. DE LAS VIRTUDES NEGATIVAS

Las Virtudes Negativas

Llamamos virtudes a las cualidades que consideramos buenas en nosotros o que son apreciadas como correctas según la moral del medio en que vivimos. Éstas no se limitan a las que encontramos en la fe que profesamos, ya que acostumbramos a considerar como virtudes a aquellas acciones o actitudes que resaltan nuestra figura ante los demás o las de quienes hacen algo que, si bien consideramos admirable, no siempre nos atreveríamos o podríamos hacer.

Según las cualidades que tenemos, nuestro comportamiento produce diferentes efectos en nosotros y en quienes rodean. Por ejemplo, el valor, la audacia, el arrojo, la sagacidad en los negocios, la capacidad de vencer a quienes se oponen a nuestros propósitos, son cualidades que realzan nuestra imagen ante los demás; cualidades que son admiradas y, a veces, hasta envidiadas. Las llamamos *positivas* porque suman méritos, tanto a lo que creemos que somos como también a lo que otros creen que valemos.

En cambio, la paciencia, la aceptación, la abnegación, la capacidad de dialogar, de aceptar lo diferente, de incluir, de tener empatía y de participar con quien no comparte nuestra creencia o nos combate, más que acciones son actitudes que rara vez nos dan brillo y hasta pueden dar lugar a críticas, según los casos. Decimos que estas cualidades son *negativas* porque en vez de realzar nuestra imagen, tienden a hacerla menos relevante en el escenario social.

Pero esta explicación no es suficiente para describirlas, ya que la base de la distinción entre virtudes positivas y negativas no es la forma en que se practican sino la actitud que las produce. En realidad, tendríamos que decir que es nuestra actitud la que puede transformar una virtud positiva en una negativa y, también, que puede resumir nuestro esfuerzo por desenvolvernos en un estado que, en este trabajo, llamamos negativo. Esa actitud es el estado interior de renuncia que nos hace luchar por un bien positivo como si ése fuese lo más importante para nosotros, mientras íntimamente no lo apetecemos ni lo buscamos para enriquecernos espiritualmente.

Por supuesto que la práctica de cualquier virtud es encomiable, y cada una tiene su valor en nuestra vida, pero el efecto que produce en nosotros no es el mismo cuando esa virtud es positiva que cuando es negativa.

La práctica de virtudes positivas nos ayuda a abrirnos camino en la vida y fortalece la imagen que tenemos de nosotros mismos, pero también nos hace difícil aceptar nuestras limitaciones o nuestra ignorancia. Y este tipo de cerrazón en la forma en que nos entendemos dificulta nuestro desenvolvimiento.

Por el contrario, la práctica de las virtudes negativas nos abre camino no solo en el conocimiento de nosotros mismos sino también en la visión que tenemos de nosotros, de los demás, del mundo y de la vida que vivimos. Por eso pensamos que la práctica de las virtudes negativas nos lleva a profundizar el significado de lo que habitualmente entendemos como virtud. Estas virtudes no son sólo acciones sino estados interiores que expresamos en acciones.

Desde este punto de vista, la virtud negativa es la interiorización del significado que damos al concepto de virtud y la espiritualización del significado que damos a la idea de bien, o de hacer el bien.

Por otra parte, las virtudes negativas son más bien estados místicos que esfuerzos ascéticos. Es decir, estados interiores que podríamos definir como de “unión con la vida”, porque no rechazamos el sufrimiento causado por el infortunio, o el esfuerzo que requiere la persistencia en la adversidad. Y también podemos decir que son estados de unión con cada ser humano, estén cerca o lejos, sean amigos o se muestren contrarios a nosotros, porque nos abrimos para escuchar, compartir, sentir lo que sienten y comprender lo que piensan.

La práctica de las virtudes negativas no depende exclusivamente de una ejercitación exterior; uno vive de acuerdo con lo que va siendo realidad en su interior. Cuando esas virtudes se hacen naturales en nosotros, nuestra vida exterior expresa, en forma espontánea, nuestra responsabilidad, nuestro autodomínio, nuestra paciencia, nuestra aceptación, nuestra participación, nuestra renuncia. En otras palabras, nuestras virtudes visibles son la consecuencia de nuestra mística inclusiva y unitiva.

Por supuesto que no alcanzamos esa mística con sólo anhelarla. Si menospreciáramos la práctica positiva de las virtudes porque buscáramos únicamente los estados interiores que producen espontáneamente la virtud, no tendríamos dónde apoyarnos. Alcanzamos un estado interior negativo a través de la práctica positiva del autodomínio, de las virtudes y de renunciaciones. Mas al basar la práctica exterior en la renuncia interior, no continuamos acumulando las conquistas, ni aun las espirituales, que conseguimos con nuestros esfuerzos. De esta manera descubrimos rápidamente el medio interior en el que desenvolvemos nuestra mística.

Responsabilidad, aceptación, paciencia, el sentido de no-posesión, son sólo algunas facetas de un mismo estado espiritual: nuestra participación expansiva.

Responsabilidad

Algunos de nosotros, descontentos del mundo en que vivimos, nos desentendemos de él. Otros, sin estar descontentos, también se desentienden.

Hay muchos modos de desentenderse. Por ejemplo, auto-excluirse, apartándose de la sociedad y sus reglas; ignorar a la sociedad con sus reglas; obedecer, en apariencia, todas las reglas, pero extrayendo del medio los mayores beneficios posibles, sin aportar nada más que lo mínimo inevitable. Esto último es lo más cómodo; la sociedad juzga según las apariencias. Nadie sabe cuánto aporta uno fuera de lo establecido, sino uno mismo.

En realidad, cada uno de nosotros aporta según el grado de su responsabilidad.

Es común medir la responsabilidad de acuerdo con la escrupulosidad con que se cumplen las obligaciones exteriores. Pero tal evaluación sólo revela un aspecto superficial de la responsabilidad. Responder según lo que el medio exige o espera de uno es dar un alcance muy limitado a la responsabilidad ya que, por un lado, uno espera el máximo que la sociedad pueda darle y, por otro, siente que no debe a la sociedad nada más que pagar sus impuestos y cumplir sus normas.

Nuestro aporte se completa cuando dar se transforma en darnos, y cuando el medio al que nos damos sobrepasa los límites reducidos del radio en que vivimos hasta alcanzar los contornos del mundo en que existimos.

* * *

Solemos medir nuestro adelanto espiritual a través de las virtudes que practicamos, las oraciones que decimos, las capacidades que adquirimos. Pero una de las formas en que se expresa nuestro desenvolvimiento real es en qué medida expandimos nuestra responsabilidad.

Aprendemos buenas costumbres, normas de vida; pero en definitiva actuamos de acuerdo con lo que somos, muchas veces en forma independiente de lo que decimos que pensamos o creemos.

Si estamos en algún camino espiritual o religioso, aprendemos oraciones, meditaciones, ejercicios; efectuamos buenas obras. Pero siempre es el grado de nuestra responsabilidad el que muestra el estado espiritual en el que estamos. En otras palabras, muestra la amplitud de nuestro estado de conciencia.

Generalmente, damos por sobrentendido que la responsabilidad consiste en cumplir de la mejor manera posible nuestras obligaciones. Pero ¿cuáles son esas obligaciones? Observar las leyes y las reglas de la sociedad representa solo un tipo de obligaciones. El sentido que cada uno tiene de lo que le corresponde hacer puede establecer otro tipo de obligaciones, que la ley no siempre obliga a cumplir.

La etapa de nuestro desenvolvimiento en la que nos limitamos a cumplir las obligaciones que la sociedad nos impone se caracteriza por la división que hacemos entre lo que nos afecta y lo que pensamos, o creemos, que no nos atañe.

Si decidimos reducir nuestra responsabilidad a cumplir deberes para no recibir sanciones, elegimos vivir de acuerdo con un sistema de valores relativamente bajo. Reducimos el bien a lo que es correcto hacer de acuerdo con la ley y las normas establecidas; imaginamos que, para ser una persona de bien, solo necesitamos cumplir con lo dispuesto en el medio en que vivimos. De esta manera, para ser una persona de bien nos basta limitarnos a mantener una conducta acorde con la ley vigente y las normas admitidas. Pero una persona que se atiene a cumplir obligaciones y normas, que permanece dentro de la ley vigente, puede vivir, al mismo tiempo, fuera de su propia ley. La responsabilidad inherente a su estado de conciencia puede ir mucho más allá del mero cumplimiento de sus deberes ciudadanos.

Hemos recorrido un largo camino hasta adquirir el sentido del deber. Cumplir fue un jalón fundamental en el desarrollo de nuestra responsabilidad. Pero cumplir es únicamente el aspecto exterior de la responsabilidad. Esa responsabilidad –la de limitarnos a cumplir obligaciones– es exterior no sólo porque se limita a acciones exteriores sino porque expresa una actitud interior de enfrentamiento. Estamos ante algo. Ante la sociedad, la autoridad, la ley: ante el deber. Pero también ante la conciencia que tenemos del deber. Nos dividimos,

así, en una personalidad exterior que cumple de acuerdo con la forma en que define lo que nos atañe, y otra personalidad que juzga si cumplimos con las obligaciones que no podemos evitar; pero no siempre si cumplimos de acuerdo a nuestra conciencia de moralidad y participación.

La responsabilidad exterior es una obligación de la que tenemos que rendir cuentas. Es también una responsabilidad que podemos descargar sobre otros. Además, nos permite vacaciones; es decir, períodos de relativa irresponsabilidad.

Cuando la responsabilidad es ante alguien, es común que exista alguna posibilidad de evitar su cumplimiento. Cuando esto ocurre y podemos eludir una responsabilidad que es solo nuestra, no de otros, pensamos que logramos una ventaja, una ganancia que festejamos con alegría. Sentimos que nos "salvamos". No tomamos conciencia de nuestra irresponsabilidad, ya que si pensamos que podemos eludir una responsabilidad es porque consideramos que no tenemos la responsabilidad de cumplirla.

Si el número de responsabilidades que hay que cumplir determinara el margen que queda para la libertad, libertad y responsabilidad serían opuestos que no podrían conciliarse. Libertad significaría irresponsabilidad, y responsabilidad sería cumplir con aquello que no podemos dejar de hacer sin ser sancionados o menospreciados. Si así fuera, mostraría que consideramos que la responsabilidad es algo exterior a nosotros, una carga que llevamos con incomodidad, que soportamos con esfuerzo y de la que deseáramos librarnos. Pero solo podemos sentir que esa responsabilidad es una carga cuando nuestra conciencia de ser es la de un ente separado e independiente,

Si limitáramos nuestra responsabilidad a una responsabilidad exterior, no seríamos realmente responsables. En ese estado de conciencia, liberación sería liberarnos de responsabilidades, y buscar la liberación sería procurar el modo de descargarnos del mundo y de la vida.

A medida que desarrollamos nuestro estado de conciencia vamos suplantando el censor exterior por uno interior; esto es, por nuestra conciencia de lo que *debemos* hacer, la que no nos da la posibilidad de evasión. A partir de allí, si bien

podríamos tratar de justificar en nosotros una falta de responsabilidad, ya no podríamos ignorarla. Nuestra conciencia de lo que tenemos que hacer es un censor más estricto que los jueces exteriores. Pero despertar la conciencia censora es sólo un paso en el desarrollo de la responsabilidad.

Si bien todos tenemos responsabilidad, cada uno de nosotros responde de acuerdo con su conciencia de la misma. La noción de responsabilidad es una consecuencia de la noción que cada uno tiene de sí mismo y de su relación con el medio y con el mundo. Y esa noción no es estática, se desarrolla al ritmo del proceso de nuestro desenvolvimiento. Es decir, al ritmo de la expansión de nuestro estado de conciencia. Podemos decir, entonces, que cada estado de conciencia determina una relación diferente entre uno y el medio, entre uno y el mundo.

Cada persona tiene una idea del medio, al que generalmente asimila al ámbito que lo circunda. Ese ámbito no tiene para todos el mismo límite. Cuando no alcanzamos la conciencia de ser-en-el-medio, la realidad no va más allá de lo que percibimos según la personalidad que hemos adquirido a través de la educación, la instrucción y la cultura del medio en que vivimos. Desde ese punto de vista, podemos llegar a sentir que no tenemos obligación de hacer lo que no tiene una relación directa con nuestra persona, que no estamos obligados a nada más que eso.

Los límites de lo que nos importa establecen la línea que nos divide del mundo de afuera, que para nosotros puede ser como un dibujo en una pantalla que podemos mirar o no. El mundo de afuera es extraño; no nos importa a menos que incida directamente en nuestro mundo particular y en nuestros intereses. Ese medio no adquiere más realidad que la de ser un marco para nuestra vida. Miles de millones de seres humanos son un decorado que puede cambiar en un mundo que está a nuestro frente, más allá del alcance de nuestra conciencia de ser. No nos sentimos responsables de ese medio.

Esta visión limitada tiene generalmente su contraparte cuando pensamos que son otros los responsables de lo que nos ocurre. Pero si quienes forman nuestro medio tienen ese mismo estado de conciencia, nosotros somos también extra-

ños para ellos, y responsables de lo que les ocurre. En este estado de conciencia es imposible una comunicación que realmente vincule a unos con otros. No hay solución para los problemas que necesariamente genera la división de la realidad entre yo y los otros, mi círculo y lo demás.³

Cuando la responsabilidad se limita al círculo del yo es interesada, ávida de resultados y beneficios personales. Pero lo cierto es que vivimos en el medio y no frente a él. Es inevitable entonces que, sea como fuere nuestro estado de conciencia, la interacción con el medio vaya ampliando nuestra conciencia del contexto en que vivimos.

La noción de lo exterior a nosotros está determinada por los límites que alcanza nuestra conciencia de ser. La medida en que esos límites se extienden hasta abarcar una realidad mayor –la medida en que nuestra noción de ser cubre al medio– es la medida en que nuestra responsabilidad se expande y se va transformando en conciencia de la realidad. Esta conciencia no es espontánea; tampoco se produce por lo que vamos sabiendo del medio en que vivimos.

El conocimiento del medio no implica necesariamente la conciencia del medio; puede ser sólo una información sobre el medio, información que podemos seleccionar o pretender ignorar. Responsabilidad, en cambio, es conciencia del medio. El medio es en uno.

Sentirnos frente al medio sería negar nuestra responsabilidad ante la vida y el mundo. En cambio, cuando el medio es en uno, lo exterior a uno es el complemento que equilibra lo que es interior en uno. Medio interior y medio exterior armonizan en una unidad equilibrada. Termina el antagonismo entre yo y el medio, entre uno y otro, entre persona y humanidad. Nuestra responsabilidad ya no se desprende de nuestro sentido del deber, es la inclusión en nuestra conciencia de ser de lo que hasta ese momento considerábamos como exterior a nosotros. Es la expansión de los límites de una conciencia personal hacia una dimensión más universal. Es participación.

³ *Lo demás* no es sólo lo otro, lo extraño; es también lo superfluo, lo que sobra.

La toma de responsabilidad es un proceso de desenvolvimiento interior que va desde el mero cumplimiento de las obligaciones ineludibles hasta un estado espiritual de participación expansiva. Esa progresiva toma de responsabilidad va determinando el lugar real que ocupamos en la vida.

Cuando extendemos nuestro sentido de responsabilidad se amplían nuestras ideas, comprendemos mejor a las personas y vemos con mayor claridad el origen de sus problemas –y el de los nuestros–. Cuando nuestra expansión interior no tiene límites, tampoco tiene límites nuestra responsabilidad.

Aceptación

Es común que entendamos la aceptación como una resignación pasiva ante lo que creemos inevitable, o como inercia frente a las circunstancias de la vida. En el contexto de este trabajo no la entendemos así. Si no nos esforzáramos para descubrir y realizar nuestras posibilidades, nunca sabríamos si podemos superar los problemas que sufrimos, o saber cómo relacionarnos con ellos si nos fuera imposible evitarlos.

Tener que esforzarnos para lograr lo que necesitamos o para enfrentar frustraciones, pérdidas, enfermedades, tragedias personales o colectivas; o bien saber que el tiempo nos traerá declinación y muerte, trae consigo una carga de dolor que no desaparece aunque eventualmente tengamos momentos placenteros. Pero si bien no podemos evitar el dolor, podemos comprenderlo si lo aceptamos. Al aceptar el dolor rompemos el lazo con que nos ata cuando lo único que nos importa es nuestro dolor. Comprendemos entonces que aceptar el dolor es aceptar la vida.

Llamamos dolor a una de las formas en que se expresa la vida para nosotros. El sufrimiento, en cambio, es el modo en que el dolor incide en nuestra persona y la forma en que reaccionamos ante él.

Pocas veces somos plenamente conscientes del dolor inherente a la vida. Lo común es que sólo conozcamos nuestro propio sufrimiento. Podemos decir que el sufrimiento es nuestra relación personal con el dolor. Pero mientras suframos sólo porque sufrimos no podremos comprender ni el dolor ni la vida.

Comencemos entonces por aprender a aceptar lo que no está en nuestras manos modificar; por ejemplo, el pasado. El medio en el que vivimos, las características de las personas, los conflictos particulares y los colectivos, son una expresión dinámica del pasado. Reaccionar contra esta expresión es no aceptar lo que ya ha sido. Lo único que podemos hacer con provecho es trabajar para el futuro actuando en el presente.

Al aceptar el pasado terminamos de reaccionar contra el presente. Así podemos comprender el pasado y también el presente. Es inútil reaccionar contra la historia, pretender que la vida y las personas hayan sido diferentes. Aceptar el pasado es, entonces, aceptar el dolor que ese pasado provoca en el presente. Al aceptarlo, al dejar de reaccionar, encontramos el presente y podemos trabajar para el futuro. Si no aceptáramos el presente tal como es, nuestras acciones se reducirían a reacciones que no pueden cambiar lo que ya pasó. Actuar de esta manera, por reacción, sería agregar más cargas a las que ya existen, sumar dolor al dolor. Aceptar el pasado, entonces, es aceptarnos a nosotros mismos, que ya somos. Y es aceptar la realidad en que vivimos, que ya es. Esta aceptación da equilibrio a nuestra vida.

Es corriente que aceptemos la parte agradable de la vida y que rechacemos la que nos hace sufrir. Cuando nos sentimos bien somos optimistas, nada es un problema para nosotros; estamos felices, nuestro mundo es el mejor de los mundos posibles. Pero cuando sufrimos suele cambiar nuestra visión de la vida, no encontramos sentido en lo que hacemos, nos sumimos en tristeza, angustia o desesperación. Hasta podemos llegar a rechazar al mundo y a la vida.

La realidad es independiente de la actitud con que la consideremos. No tendríamos que deformarla con reacciones del momento; necesitamos descubrirla tal como es. Pero para conocerla tenemos que aceptarla. Esta aceptación no tiene un sentido abstracto, es aceptar la realidad tal como incide en nuestra vida.

Esto no ha de interpretarse como resignación o fatalismo.

La resignación fatalista pone un velo sobre la realidad. Cuando consideramos que todo está predeterminado no enfrentamos nuestras posibilidades reales y no podemos reconocerlas. Aceptar, en cambio, es aceptar el desafío de las posibilidades que todos tenemos en cada momento. Cada decisión que tomamos cambia la trayectoria de nuestra vida; decidamos, entonces, aceptar lo que ya es. De esa manera, podremos discernir la mejor decisión que ahora podemos tomar para orientar nuestra vida tal como deseamos hacerlo. Si no aceptáramos el momento que estamos viviendo, lo más posible es que la vida decida por nosotros, como si fuéramos hojas muertas movidas por la corriente.

Para que nuestras decisiones estimulen nuestro desenvolvimiento conviene que aprendamos a no pre-juzgar lo que ocurre y nos ocurre. Por supuesto que necesitamos desarrollar capacidad para juzgar, evaluar situaciones, posibilidades y opciones. Lo importante al juzgar es que podamos mantenernos libres de las presiones de nuestras alegrías y sufrimientos, como también de nuestros gustos, disgustos, parcialidades, discriminaciones e ideas hechas.

Aceptar nos da libertad interior para discernir y comprender situaciones sin atarnos a ideas previas o a simpatías o antipatías particulares. Sin esa libertad no podríamos tener juicios objetivos, sólo tendríamos juicios personales, los que se desprenderían de nuestros prejuicios.

Más que juzgar la vida, las circunstancias, las personas, necesitamos conocerlas. Sin embargo, es común que cuando creemos que juzgamos, lo que en realidad hacemos es criticar o descargar sobre otros la responsabilidad de lo que sufrimos. Aceptar, en cambio, nos da la libertad de no atarnos a juicios rígidos que fácilmente se hacen definitivos, libertad para vivir libres de prejuicios acerca de lo que la vida es.

Al acostumbrarnos a aceptar aprendemos a no lamentarnos como si tuviéramos que ser eximidos de todo sufrimiento. Muchas de nuestras quejas son formas en las que pretendemos eludir la responsabilidad que tenemos por el simple hecho de vivir, como si pudiéramos ser sólo espectadores situados fuera del contexto de la vida. Esto sería querer vivir en la ignorancia, al margen de la realidad. En esos casos, quejarnos evidenciaría la debilidad de no querer hacernos cargo de los problemas inherentes a la vida humana. Sería una forma de no comprometernos. En cambio, aceptar es estar dentro de la realidad que vivimos, sentirnos responsables de lo que ocurre: todo problema es mi problema.

Aceptar, entonces, es mantenernos conscientes de que todo nos atañe. Por eso, aceptar es terminar con la ilusión de creer que podemos vivir ausentes a lo que nos rodea.

Cuando todo problema es nuestro problema no nos informamos de él solamente, lo comprendemos; lo que se comprende es en uno. Por supuesto que no por sentir y actuar así nos damos más importancia; al contrario, cuanto más acep-

tamos, más incluimos y menos relevantes nos sentimos. Es así que no nos sorprende comprobar que ya no hablamos de nosotros mismos con la frecuencia que acostumbrábamos, sino solo cuando es necesario que lo hagamos. Comprendemos que hablar siempre de uno mismo sería pensar siempre en uno y para uno, tapar la vida con el yo, pretender ser el centro de toda situación, incluso de situaciones ajenas a uno.

También comprendemos que aceptar es aprender no hablar siempre desde uno mismo. Hablar desde uno mismo es pensar desde uno mismo. Cuando miramos la vida y el mundo desde nosotros mismos reducimos la realidad a un punto de vista, el nuestro. Nos encasillamos en nuestras opiniones, sin importarnos considerar otros puntos de vista.

Hablar desde uno mismo también es reducir los problemas de la vida a los que nos preocupan. Pero nuestros problemas personales no deberían ser una preocupación, sino sólo una ocupación. Preocuparnos exclusivamente por nosotros mismos sería dar la espalda a la vida, limitarla a las contingencias de nuestras situaciones particulares. Sería anteponernos a la realidad, desconocerla.

Cuando ya no vivimos preocupados sólo por nosotros mismos descubrimos que aceptar es amar. Es unirnos, incluir todo en nosotros mismos: la vida, los seres, el devenir. Esto nos ayuda a distinguir los diversos matices en que se nos presenta la vida. Y al aceptar sus matices podemos ver la vida en su integridad, sin reducirla a la vida material.

La realidad es la vida exterior y también nuestro mundo interior, con sus posibilidades y valores imponderables. Por eso, al aceptar nos enfrentamos con el desafío de realizar tanto nuestras posibilidades exteriores como las interiores. Si nos limitáramos a realizar sólo lo que podemos hacer por fuera, sin prestar atención a nuestro desenvolvimiento interior, a la expansión de nuestra noción de ser, estaríamos limitando nuestra visión de la existencia. En cambio, cuando dejamos de enfrentar la vida en forma personal, cuando no la enjuiciamos por reacción, cuando no hacemos de nuestro yo el sujeto único, cuando terminamos con la postura de espectadores, nuestro ser y la vida se hacen una unidad.

Al aceptar la vida en forma integral, dejamos de limitarnos a informarnos sobre ella. Cuando terminamos de considerar los sucesos de la vida sólo como datos a considerar comenzamos a vivir con mayor plenitud y comprensión. Vivir se hace, para nosotros, un proceso de desenvolvimiento continuo.

Paciencia

Vivimos acicateados por el tiempo. No lo podemos asir porque ya fue y está más allá de nuestro alcance, o porque todavía no es y representa una incógnita.

El tiempo es una distancia que el recuerdo no puede acortar. El paso del tiempo pone un velo sobre lo que ya ha sido, lo cubre de tal manera que llegamos a preguntarnos si realmente ha sido. El tiempo desdibuja las imágenes, hace difusos los recuerdos. Lo vivido va desapareciendo paulatinamente tras la bruma del olvido.

El tiempo es también una pregunta punzante sobre lo que vendrá. No conocer lo que ha de ser es para nosotros motivo de inseguridad, temor, angustia.

La paciencia nos enseña a aceptar el tiempo.

Aceptar el tiempo es comprender que la vida no nos da apoyos. Ni el pasado ni el futuro son apoyos para nuestro presente. El presente es continuo devenir, transformación permanente. Si pretendiéramos ignorar al tiempo perseguiríamos un imposible. Cuando tenemos la ilusión de eludir el tiempo nos estrellamos contra el presente. Cuando queremos atrapar el presente sólo quedamos con recuerdos. Y cuando nos resistimos a devenir nos detenemos dentro de la corriente dinámica del tiempo. En relación con el devenir nuestra detención sería como una muerte; ya no viviríamos realmente, sólo duraríamos. Si nos resistiéramos a aceptar al tiempo no participaríamos del ritmo de la vida.

Paciencia nos permite superar el temor a los cambios que trae el paso del tiempo. Temer los cambios sería como vivir aferrados a lo que ya no es. Como si pudiéramos mantenernos de espaldas al futuro, contemplando un pasado que ya fue. Al darnos libertad interior ante los cambios, la paciencia nos enseña a integrarnos al devenir. Esto nos permite fijarnos en la esencia de lo que somos más allá de los cambios producidos por el tiempo.

Paciencia, en el proceso del desenvolvimiento individual, es reconocer que cada uno tiene su tiempo.

Cada persona tiene un ritmo diferente, un ritmo que es suyo y que necesita ser respetado. Cuando forzamos a caminar todos con el mismo paso detenemos a algunos y arrastramos a muchos. Por eso, es bueno que cada uno de nosotros acepte su propio ritmo. Conocer el propio paso es estar caminando. Conviene, entonces, aprender a caminar con nuestro paso y a respetar el que cada uno tiene en su andar.

Adelantar no es alcanzar o pasar a otro. Por más apuro que tengamos para lograr algo sabemos que, si bien interiormente podemos sentirnos libres del tiempo, en la vida cotidiana vivimos en el ritmo del tiempo; esto implica que no podemos quemar las etapas que necesitamos realizar, tenemos que recorrerlas. Recorrer es caminar desde el principio hasta el fin, y no volver. Discernamos entonces la etapa que recorreremos de la que quizá repetimos. La paciencia nos da la perseverancia de recorrer hasta el fin nuestro camino, y la sabiduría de discernir cuándo caminamos y cuándo repetimos.

Nuestro ritmo interior es a veces más rápido que el paso que estamos dispuestos a dar. Entonces el tiempo va más rápido que nosotros y nos deja atrás.

El paso de algunas personas es a veces más veloz que el de otras. La distancia que ganan no debería distanciarlas. Si realmente adelantamos, comprendemos que cada uno está en su camino, caminando según su paso. Comprendemos que estar detrás no es estar atrasado, que estar en otra parte no es estar equivocado. Cuando nos volvemos impacientes nos hacemos víctimas de nuestro afán. No podemos crecer apurados; podemos apurarnos, pero no podemos apurar la vida. La paciencia nos encamina hacia la sabiduría. No es el tiempo el que trae la sabiduría, sino es la comprensión del tiempo lo que nos conduce a ella.

No posesión y Participación

A medida que nos desenvolvemos espiritualmente aumenta nuestra libertad interior y, consecuentemente, ampliamos el sentido de lo que entendemos por libertad. Ya no consiste en poder hacer lo que se nos antoje en el momento, sino que lo que hacemos responde a nuestra participación y responsabilidad.

En consecuencia, dejamos de vivir sólo para nosotros mismos en forma arbitraria, según nuestros deseos o movidos por impulsos o reacciones, y trabajamos tanto para el bien nuestro como el de todos. Vamos comprendiendo que no podemos pretender tomar algo de la vida para que sea sólo nuestro o para nuestro propio beneficio, y que nuestro sentido de posesión nos ata a la ilusión de creer que podemos retener algo que sólo pasa rápidamente por nuestras manos, ya sean cosas como momentos que quisiéramos detener. Comprendemos también la ilusión de pensar que, porque adquirimos unos cuantos bienes, decimos que son nuestros; y que mientras aferramos lo poco que podemos asir, la vida se escurre entre nuestros dedos y la vamos perdiendo.

En realidad, aunque pensemos y sintamos que nuestras posesiones son definitivas, nuestra relación con lo que creemos tener es de no-posesión, lo percibamos o no. ¿Cómo podemos suponer que tenemos algo que no podemos retener en forma definitiva? Si el paso del tiempo nos obliga a desprendernos de todo ¿no sería sensato tomar conciencia de la transitoriedad de lo que tenemos y desarrollar en nosotros el sentido de no-posesión? Este sentido nos daría libertad interior para vivir plenamente cada momento porque seríamos conscientes de que es único. Esa conciencia cambiaría nuestra relación con los bienes que podamos obtener y, especialmente, realzaría notablemente la relación que tenemos con las personas. Nos mantenemos conscientes de que el momento que compartimos con otro es único y valioso, como también de que nuestros bienes no son una propiedad totalmente nuestra; hoy están en nuestras manos, mañana no lo estarán o no podremos disfrutarlos tanto como deseamos.

La idea de posesión personal y absoluta limita nuestra percepción de la realidad. No sólo nos lleva a pensar que podemos detener el tiempo y retener lo que creemos nuestro, sino también nos induce a sentir que todo lo que nos pasa es nuestro, exclusivo, propio, especialmente los momentos de dolor. Pero al encerrarnos en un dolor como si fuera sólo nuestro no percibimos el dolor que es parte de la vida. Apresamos nuestro dolor y se nos escapa la vida.

A medida que adelantamos vamos desatando las ligaduras con que nos limita el sentido de posesión personal y paulatinamente desarrollamos un sentido de no-posesión que nos abre camino hacia la libertad interior.

El sentido interior de no-posesión permite que lo que tenemos, usamos o deseamos no nos ate, no nos haga esclavos de lo que vamos adquiriendo o logrando.

El sentido de no-posesión hace de la posesión una posesión interior que no podemos perder, que no necesitamos cuidar, que no podemos vender. No necesitamos adueñarnos de cosas para saber que somos. Lo que es no puede dejar de ser, no se pierde, no nos esclaviza a nosotros, no esclaviza a otros.

* * *

A medida que adelantamos expandimos nuestra conciencia y, consecuentemente, nuestra responsabilidad y nuestra libertad interior también se amplían. Pero como nuestro adelanto no es súbito, mientras por un lado desarrollamos el sentido de no-posesión, el estado de conciencia positivo que permanece en nosotros nos hace sentir que no poseer es perder lo que tenemos. Desde ese estado de conciencia sólo entendemos el crecimiento por adición.

Al expandir nuestro estado de conciencia, necesariamente cambia nuestra relación con el entorno, con nuestros bienes e, incluso, con nuestras capacidades. Esa relación es, precisamente, la que determina en qué medida está arraigado en nosotros el sentido de posesión. Cuando nos identificamos con la personalidad que hemos adquirido, nuestro sentido de posesión es exterior y personal. Somos alguien separado de lo que creemos ser y de lo que creemos tener, y pretendemos cubrir esa distancia con la idea de que lo que tenemos *es nuestro*.

Pero si necesitamos defender lo que decimos tener, en realidad no es totalmente nuestro, ya que lo podemos perder. Cuando vamos trascendiendo nuestro estado de conciencia positivo nuestro sentido de posesión se va haciendo interior, intrínseco. Solo tenemos lo que no podemos perder. Es decir, los que somos, con la amplitud de conciencia que hemos alcanzado.

Para comprender el sentido interior de no-posesión necesitamos precavernos de nuestra tendencia a catalogar las cosas en el sistema de pares de opuestos. En el sistema de opuestos oponemos lo personal a lo social, lo exclusivo a lo colectivo. No siempre nos damos cuenta, por un lado, de la unidad de la familia humana y, por otro, de la transitoriedad de las cosas. Y cuando nos afirmamos en el sentido de posesión, no sólo imaginamos que podemos detener el tiempo sino que también podemos impedir los cambios inevitables en el devenir.

Además, podríamos decir que querer poseer es, también, querer ser servido, vivir pidiendo –lo que queremos tener, lo que queremos mostrar que somos–. No-posesión, en cambio, es vivir sirviendo. Quien participa sirve⁴. Y, a nuestro entender, quien sirve es servido por la vida.

El sentido interior de no-posesión se expresa en un estado de conciencia de participación. Cuando participamos no nos poseemos a nosotros mismos totalmente; nuestra vida es vida en todos los seres humanos. Cuando participamos, vivir separados por un egoísmo exclusivo sería como una muerte espiritual para nosotros, ya que el amor que anima nuestra participación trasciende los límites de nuestra persona: sentimos que no tenemos derecho a apropiarnos de nuestra vida, que no la podemos desglosar de la vida misma ni tampoco separarla de la vida de cada ser humano.

Cuando no nos poseemos vivimos dándonos. Pero no sentimos que nos damos. Dar ya no tiene el sentido de dádiva; dar es darnos. “Da” quien se reserva algo exclusivo para sí; por eso, cuando no nos poseemos, sentimos que no podríamos dar nada que fuera más excelente que nosotros mismos. Como nos damos totalmente, nos damos sin elegir a nuestro gusto. Elegir de esa manera sería ar-

⁴ *Sirve* está usado en su doble acepción: *darse* y *ser útil*, en el más amplio sentido del término

bitrar, escoger de acuerdo con nuestras preferencias particulares y no de acuerdo con la realidad del contexto.

Cuando participamos no pretendemos adueñarnos de otros ni sujetarlos a nuestro antojo. Cuando vivimos en todos los seres sentimos que no podríamos tener más de lo que ya tenemos. Por eso, tampoco tenemos más de lo que necesitamos, sino sólo lo que podemos usar con provecho. Sabemos que tener más de lo que necesitamos sería acumular inútilmente lo que otro necesita o puede necesitar.

Cuando participamos aprendemos a no desperdiciar nada. Sentimos que tenemos la obligación de usar con eficiencia lo que poseemos, que desperdiciar sería despreciar el valor vital que existe en todas las cosas; que, especialmente, es despreciar la vida que cada persona pone en lo que hace. Cuando participamos no tiramos lo que puede ser útil a otros o reciclado.

Cuando participamos no perdemos tiempo. Sentimos, especialmente, que perder tiempo sería falta de responsabilidad, no sólo personal sino también social. Perder tiempo sería como perder vida y, especialmente, perder las posibilidades inherentes al tiempo perdido.

Cuando participamos vivimos comprometidos. ¿Cómo podríamos perder tiempo? Nuestro tiempo ya está dado por nuestra participación, por nuestra responsabilidad, por nuestro amor.

Cuando participamos compartimos lo que podamos tener. Nuestras capacidades no son exclusivamente nuestras. Lo que sabemos, lo que podemos, lo que comprendemos, no sólo tiene sentido si nos sirve, sino si también es útil para otros. Si no, ¿para qué tenerlos? Usar los dones sólo para nosotros mismos sería volver atrás, separarnos de la vida y de los demás seres humanos, caer en la separatividad del egoísmo exclusivista. En cambio, al participar nuestros dones los poseemos en su plenitud. El maestro es maestro cuando enseña; el músico, cuando brinda su música; el cirujano, cuando opera para bien del paciente.

Cuando participamos tampoco nos apropiamos de nuestras comprensiones. Como no usamos el saber para obtener ventajas, nuestro saber se hace sabiduría.

Cuando nos desenvolvemos espiritualmente, nuestra relación con la existencia también evoluciona y se expresa en el sentido interior de no-posesión. La existencia no puede poseerse en forma particular. No podemos separar nuestra vida de la vida misma. Ni separar lo que somos de lo que es.

III. DE LA MÍSTICA

La Mística

Obviamente, la mística no se reduce a los temas incluidos en este trabajo. Aquí tratamos sólo algunos de los aspectos que observamos al pasar del estado espiritual positivo al negativo.

La inercia del estado espiritual positivo que predomina en muchos de nosotros es demasiado grande como para que nos resulte fácil entender y, más aún, alcanzar un estado interior negativo. Por otra parte, los problemas que hoy sufrimos como sociedad hacen parecer casi utópico que partamos de la base de que tomemos el anhelo de renuncia como el punto de partida de nuestra mística. Pero tomamos ese anhelo como si fuera actual en nosotros para no detenernos demasiado en las primeras etapas de la ampliación de nuestra conciencia, fácilmente conocidas por quienes desean desenvolverse. Es más difícil describir los pasos posteriores del desenvolvimiento espiritual porque hay menos experiencia en ellos. En estas etapas nos encontramos solos, sin los apoyos que tenemos en las ilusiones que con frecuencia perseguimos. No nos resulta fácil tampoco encontrar una guía sabia para orientarnos en nuestra vía mística; con facilidad nos desorientamos con la fácil liberación espiritual que se nos ofrece a cambio de estudios, ejercicios o conversiones.

Las Virtudes

La mayoría de las religiones y caminos espirituales han asentado la vida espiritual en la práctica perseverante de las virtudes, por medio de las cuales alcanzaríamos una perfección que nos haría acreedores a la salvación, la beatitud o la unión divina. Muchos se han empeñado afanosamente en la práctica de las virtudes y, por ese medio, algunos han logrado ciertas conquistas espirituales. Sin embargo, aun éstos se ven tan imperfectos cuando se comparan con el modelo de las virtudes que tendrían que realizar, que la gran mayoría desespera de poder llegar alguna vez a la meta soñada.

Es que el ejercicio asiduo de una virtud no nos asegura que podamos lograrla; el mismo hecho de que tengamos que esforzarnos por practicarla nos recuerda que no la poseemos realmente. Siempre, al menor descuido, vuelven a surgir, rebelándose, las fuerzas reprimidas o no bien encauzadas, como si nos quisieran demostrar que nada hemos conseguido con tanto esfuerzo.

Muchos sufrimos ante el aparente fracaso de nuestros nobles propósitos y, cuanto más tiempo pasamos en la lucha por la adquisición de virtudes, menos clara vemos la senda que hemos de seguir. Es común –y hasta natural– que cada caída o debilidad en nuestro esfuerzo ahonde en nosotros el sentimiento de culpa o de fracaso y que, al final, nos sintamos incapaces de lograr el desenvolvimiento espiritual que nos habíamos propuesto.

Por otra parte, muchas personas que, según el concepto corriente de la virtud, podrían mostrarse como modelos que tendríamos que imitar son, en la práctica, tan estrechas en sus apreciaciones y tan rígidas en su conducta que muchos nos preguntamos cuál es la excelencia de una virtud que ahonda la división, el antagonismo y la incompreensión entre las personas. ¡Cuántos de nosotros nos aferramos escrupulosamente a la letra de nuestras creencias y cumplimos con extraordinario celo las normas de nuestros dogmas y, no obstante, somos intolerantes y hasta crueles con quienes no participan de nuestras ideas! Esta contradicción ha hecho desconfiar a muchos de la eficacia de las virtudes. En reali-

dad, no cuestionan la virtud en sí misma, sino la virtud tal como les fue enseñada. Es decir, según el significado y el alcance que cada creencia dio al concepto de virtud.

Se ha hecho de la virtud un concepto ideal, desconectado de la naturaleza humana. Al ser idealizadas y estar más allá de nuestras posibilidades reales, las virtudes se prestaron a interpretaciones personales. Cuando cada uno tiene su concepto de virtud, la práctica de sus virtudes termina por enfrentarlo contra quienes tienen un concepto diferente de virtud.

Si bien suponemos que el ejercicio de las virtudes optimiza nuestro amor a Dios, es corriente que aun cuando perseveramos en nuestro esfuerzo por practicarlas sintamos que la mística está fuera de nuestro alcance y que consideremos a los santos, a los místicos y a los contemplativos como seres diferentes, extraños a nuestro mundo corriente. Como si hubiera dos mundos, el de los perfectos, que dicen cómo debemos ser, y el nuestro, en el que luchamos por serlo sin poder salir nunca de nuestras miserias. Es que la práctica positiva de las virtudes no es suficiente para alcanzar la paz y la felicidad, ni tampoco para entrar en el ámbito interior de la mística.

Si no comprendiéramos la diferencia entre este estado místico y la virtud, aun negativa, que queremos lograr, terminaríamos por reducir nuestra mística a la práctica de las virtudes y por hacer de un concepto limitado de la virtud un fin en sí mismo.

Por otra parte, si por un lado admitimos que somos imperfectos por naturaleza y, por el otro, se nos presentan las virtudes como la perfección que debemos alcanzar en cada aspecto de nuestra conducta, es inevitable que se mantenga un abismo entre lo que sentimos que somos y lo que creemos deberíamos ser, y que esa distancia infranqueable ahonde nuestro sufrimiento o nuestra desesperación.

Necesitamos, entonces, aprender a transformar la virtud en un bien permanente, un bien que nos expanda interiormente, nos dé paz y sabiduría.

Lo primero que necesitamos comprender es la naturaleza de nuestros anhelos espirituales. No podremos expandir nuestra conciencia, lograr paz interior ni la unión divina mientras las busquemos como bienes personales, en forma posesiva. No podremos alcanzar la liberación espiritual mientras la entendamos como nuestra liberación particular.

Pero si la aspiración a desarrollarnos es constante en nosotros, seguramente habrá un medio que nos permita lograrlo. En este trabajo, entendemos que la renuncia es un medio para lograr lo que aspiramos.

Renunciar no consiste en desechar lo que tenemos porque lo consideramos de poco valor en relación con lo que pretendemos alcanzar. Al contrario, la renuncia nos da una libertad interior que nos permite usar todo en la medida justa, transformar lo que de por sí es limitado en un sólido apoyo para alcanzar un desenvolvimiento mayor.

Olvidarnos de nosotros mismos es el primer paso en el camino de la renuncia. Pero, ¿cómo es posible olvidarse de uno mismo si todo pensamiento y sentimiento nace de uno? ¿Cómo podemos dejar de tomarnos como punto de referencia? Es posible, cuando comenzamos a dar mayor importancia a la vida y a los problemas ajenos que a nuestra vida particular y a nuestros problemas personales. La fórmula es aparentemente sencilla, pero requiere una vida de esfuerzo, ofrenda y renunciaciones para comprenderla cabalmente y realizarla interiormente.

Al cambiar la relación entre uno y lo que lo rodea cambia también la naturaleza de los fines que uno persigue. La virtud era antes un objetivo por el que uno luchaba para enriquecerse interiormente. Pero cuando ya no pretendemos un enriquecimiento espiritual personal, necesitamos un motivo más universal en su origen y en su objetivo.

En su origen, porque si uno no es el centro de interés, la fuente de los impulsos debe calar más hondo en nuestra conciencia y surgir de aguas más espirituales que las del nuestro yo particular.

En su objetivo, porque el móvil de los esfuerzos interiores va más allá del deseo de una realización aislada, solo para uno mismo, y obliga a abrirnos a una realidad más amplia: la de todos los seres humanos.

Sin embargo, el olvido de uno mismo no basta para transformar una virtud positiva en un estado interior negativo. Aunque no pensemos siempre en nosotros mismos, no podemos dejar de recoger los frutos de nuestros esfuerzos; tampoco podemos impedir caídas y frustraciones, aunque nos esforcemos por evitarlas. Pero si bien no podemos evitar las caídas en nuestro camino, sí podemos transformarlas en experiencias liberadoras. Si bien un fracaso nos humilla, también nos enseña a conocer nuestras limitaciones y a medir nuestros objetivos para poder realizarlos. Poco a poco, esas realizaciones nos abren camino hacia donde anhelamos llegar.

Por otra parte, un triunfo nos enorgullece con su brillo y proyecta su importancia más allá de sus límites reales. Solemos decir que triunfamos cuando conseguimos nuestros objetivos, pero luego, como nos identificamos con lo que hemos conseguido y lo aferramos posesivamente, esa aparente conquista se transforma en un obstáculo para nuestro posterior desenvolvimiento. Tan importante es liberarnos de los fracasos como aprender a liberarnos de nuestros triunfos.

El sendero espiritual no es un camino de triunfos sucesivos; es más bien un continuo aumento en el conocimiento de nuestras limitaciones, de las pequeñeces, de las miserias que cubrimos con las cáscaras de conquistas superficiales. Es, en realidad, un fracaso personal continuo que permite surgir lo que realmente somos.

* * *

El énfasis de la práctica de las virtudes que llamamos positivas ha sido indispensable para el desarrollo de nuestra personalidad, para el adelanto de cada persona dentro de un mundo separado en razas, clases, países y creencias. La virtud positiva nos afirmó en una personalidad propia, nos dio fuerzas para conquistar el mundo material y, especialmente, para desarrollar nuestras facultades positivas: la capacidad de hacer, de descubrir los secretos y las leyes que

rigen el mundo natural, y las formas de aprovecharlas para mejorar nuestra manera de vivir.

El ejercicio positivo de las virtudes es la práctica de las mismas con un sentido posesivo; es decir, es un esfuerzo personal para lograr un objetivo apetecido. La conquista sucesiva de la serie de objetivos daba la medida del progreso. El mismo patrón que se usaba para apreciar el adelanto material se empleaba para medir el adelanto espiritual.

Dentro de un proceso de afirmación de la personalidad, la mística era usada para afirmarnos en nuestras conquistas. Y el ejercicio positivo de las virtudes nos aseguró el progreso en el camino de “nuestra” salvación. Pero era inevitable que, dentro del desarrollo positivo, cada personalidad terminara por enfrentar y oponerse a las demás, cada creencia se esforzara por conquistar o eliminar a las otras y cada individuo luchara contra otros individuos, en su afán por alcanzar su meta particular. Esta lucha positiva ha sido no sólo beneficiosa sino indispensable para desarrollar nuestras capacidades y el conocimiento de nuestras extraordinarias posibilidades exteriores.

Si bien por pensar que esa etapa ha sido superada –o, más bien, que tratamos de superarla– no la menospreciemos para dar valor sólo al nuevo paso que tenemos que dar. No caigamos en la actitud característica del estado positivo de la mente, que clasifica en forma absoluta todo lo que considera. No lleguemos a decir que lo que no es bueno es malo; o que como la etapa positiva debe ser trascendida, todo esfuerzo positivo es dañino, no sirve. No tiene sentido que censuremos al esfuerzo positivo por el hecho de haber descubierto otra manera de percibir las cosas; hay que comprenderlo, y también comprender que la etapa positiva no se trasciende con una mera explicación. Entender no es comprender⁵. Aunque entendamos claramente la necesidad de alcanzar un estado

⁵ *Entender* se emplea para designar sólo al entendimiento racional, que no significa necesariamente una comprensión profunda. Se puede entender el problema de una persona y, sin embargo, permanecer ajeno a esa persona y su problema. *Comprender* es entender y participar; es incluir, hacer de uno lo que entendemos. La comprensión es en uno. El entendimiento, en cambio, es sólo una de las funciones de la mente.

interior negativo, todavía necesitaremos mucho tiempo de esfuerzos positivos para lograrlo.

Al renunciar no nos oponemos al esfuerzo positivo, pero al comprenderlo y darle su valor, lo ubicamos dentro de los esfuerzos que necesariamente debemos hacer para controlar nuestras tendencias primitivas. De esta manera hacemos de la práctica de las virtudes positivas un medio poderoso y eficaz que, si lo usamos con sabiduría, promueve nuestro desenvolvimiento espiritual.

Al renunciar transformamos la virtud y la actitud positiva que podamos tener en una virtud-estado negativa. Al no hacer de la virtud un fin en sí mismo evitamos la rigidez de la persona ética, y al no hacer tampoco de la virtud un medio para el logro de un fin personal, no desvirtuamos el sentido de nuestro desenvolvimiento espiritual.

El deseo de alcanzar la propia salvación, bienaventuranza o bienestar particular separa tanto a unos de otros como el odio que solemos dispensarnos. Además, la búsqueda de la realización personal ha sido muchas veces el rótulo con el que disimulamos la huida de todo compromiso con los demás, con la vida y con el mundo. ¿Quién está seguro de que ese anhelo de liberación personal y separada no esté alimentado por el mismo egoísmo que nos impulsa a ser más ricos, poderosos y felices que los demás?

Cuando damos importancia a los problemas mundiales y ajenos nos olvidamos rápidamente de nosotros mismos. Ese olvido nos permite comprender mejor nuestras reacciones y actitudes ante la vida y quienes nos rodean. Nos damos cuenta de que nuestra reacción, rechazo o desinterés hacia el mundo y los demás se vuelven en contra de nuestro anhelo de trascender la personalidad que hemos adquirido. Esa reacción sólo es posible cuando uno cuenta más que cualquier otro. Comprendemos que la actitud positiva encadena reacción con reacción y nos encierra cada vez más dentro de la personalidad que queremos trascender.

Algunos místicos explican la actitud interior negativa como un estado de aceptación, de ofrenda, de dación de uno mismo. Si bien es cierto que el estado interior negativo significa un estado de ofrenda reservamos esta palabra, como

también las de dación y aceptación, para designar solo algunos matices del estado interior de renuncia. Por esto aquí nos referimos sólo a la actitud negativa; es decir, que no buscamos, no queremos, no esperamos nada para nosotros mismos; no perseguimos un enriquecimiento personal.

Dentro del estado de conciencia positivo las relaciones humanas no establecen un nexo, no comunican realmente. Son una continua acción-reacción en una lucha por el predominio. El deseo de imponernos, de ganar, es la característica de la actitud positiva. Cuando nuestro estado interior es negativo, nuestra intención está más allá del deseo de imponernos a los demás. Nuestro esfuerzo para desenvolvernos no se asienta en los conceptos corrientes de progreso, adelanto, realización. Si bien es cierto que usamos a veces esos términos para explicar el camino de la renuncia, no tenemos que confundir el desenvolvimiento espiritual con un mero crecimiento por adición de agregados.

Si no buscamos enriquecernos ni alcanzar una realización personal, ¿qué buscamos y de dónde sacamos la fuerza que necesitamos para transitar un camino de renuncia a nosotros mismos?

Es habitual considerar como móviles valederos a los objetivos que prometen algo, desconociendo, involuntariamente quizá, el impulso que todos tenemos de darnos, de ofrendarnos y sacrificarnos por un objetivo noble sin esperar una recompensa personal, una ganancia a la vista. Aunque esa ofrenda no sea frecuente, la fuerza que nos impulsa hacia el sacrificio es más poderosa que el impulso que nos mueve hacia la posesión, ya que no sólo renunciamos a los bienes que están a nuestro alcance, sino que ofrendamos nuestra vida cuando sentimos que es necesario. Lo hacemos por quienes amamos, por quienes están en peligro, por nuestros ideales.

La necesidad de darnos es una constante en nosotros. En todas las épocas hemos admirado, reverenciado o adorado a quienes dieron ejemplo de renuncia y ofrenda. Los hemos llamado héroes, santos, redentores, y los erigimos como ideales de los sistemas éticos y espirituales.

En el pasado, esos ejemplos fueron aislados y esporádicos; era lógico que así fuera durante un período que determinaba nuestra afirmación como personali-

dades separadas. Pero cuando esta afirmación ha sido lograda necesitamos comprenderla y trascenderla, para que asimilemos e incorporemos a nuestro ser las conquistas que hemos logrado. Hoy cada uno de nosotros puede transformarse en una expresión viva de la renuncia que hasta ahora reverenciábamos en algunos otros, como si esa ofrenda fuera extraña a nuestro ser.

A través del esfuerzo positivo hemos realizado nuestros objetivos particulares. Pero cuando los poseemos positivamente nos atamos a ellos y no podemos trascenderlos. Al quedar prendidos por nuestros apegos no alcanzamos a divisar posibilidades que están más allá de la posesión personal. Comprendamos que la posesión positiva es un triunfo relativo. Cuando no la trascendemos nos encierra dentro de un círculo vicioso de posesión y pérdida, triunfo y derrota.

* * *

Llegar a donde deseamos llegar es una conquista. Quedarnos allí hace amargos los frutos de esa victoria. Para que un objetivo nos impulse sin limitar nuestras posibilidades futuras ni atarnos con los lazos de la posesión personal, debe ser un objetivo negativo.

La renuncia es un objetivo negativo.

El objetivo negativo impulsa a realizar los objetivos contingentes necesarios como si fueran el bien más perfecto, pero al liberarnos de nuestra tendencia a identificarnos en forma positiva con lo que logramos, nos mantiene libres de nuestras conquistas sucesivas. Es decir, el objetivo negativo hace que lo que hacemos o vivimos resulte en una renuncia permanente; de esta manera impulsamos sin cesar nuestro desenvolvimiento espiritual. Este ya no se traduce en un perseguir para alcanzar y poseer, sino en un tomar y dejar, en un desear no deseando, en un amor que libera al objeto del amor en el momento en que puede poseerlo.

La libertad respecto de lo que buscamos y alcanzamos nos mantiene libres de la exaltación y la frustración producidas por nuestros triunfos y fracasos relativos, nos da una comprensión plena de nuestras experiencias y nos otorga el don de vivir en paz dentro de una vida que no puede dejar de provocar alegrías y

dolores. Es así como nos mantenemos libres de nuestros condicionamientos y de nuestras experiencias. Esto nos permite mantenernos serenos y objetivos dentro de nuestro desenvolvimiento, sin buscar relevancia ante quienes nos rodean. Como mantenemos en nosotros la actitud interior negativa, logramos olvidarnos espontáneamente de nosotros mismos, algo que quizá nos parecía imposible de alcanzar.

El estado interior negativo transforma el ejercicio activo de las virtudes positivas en un quehacer, en una suerte de trabajo interior o, para ser más precisos, en una responsabilidad. El avance en la conquista de la virtud ya no es para nosotros un adelanto que nos acerca a un bien apetecido; no pensamos en términos de avance o retroceso. El trabajo sobre nosotros mismos –que siempre es un hacer positivo– es nuestro modo de hacer cuando no nos atamos a nuestras experiencias ni a sus consecuencias circunstanciales de dolor o alegría, de adquisición o pérdida.

Esa trascendencia respecto de nosotros mismos –que quizá podría entenderse como impersonalidad– nos permite mantenernos en una paz fundamental aun dentro del esfuerzo tenaz que significa realizar nuestro anhelo de desenvolvernos espiritualmente mientras vivimos la vida que nos exige este mundo.

La Renuncia Positiva

En nuestro camino de desenvolvimiento distinguimos tres etapas fundamentales: la etapa de afirmación personal, la de la muerte mística y la de negación afirmativa.

A la primera etapa, de afirmación personal, también la llamamos etapa de renuncia positiva, porque la característica de esta etapa es que nuestra actitud es siempre positiva. En otras palabras, en esta etapa estamos en un estado de conciencia positivo.

¿Cómo es posible que estando en un estado de conciencia positivo que nos impulsa a fortalecer nuestra personalidad, nos orientemos hacia una renuncia que trasciende esa personalidad? Cuando el camino positivo se recorre hasta el final termina en una contradicción. El crecimiento desmedido de la personalidad adquirida ataca las bases sobre las que pretende sostenerse.

Así como cada uno de nosotros desarrolla una personalidad particular que compite con las de los que nos rodean, así también cada grupo humano desarrolla su personalidad característica. Estas personalidades colectivas actúan y reaccionan como si formaran un organismo con voluntad y pensamiento propios y, cuando llevan al extremo su lucha competitiva, terminan por destruirse unas a otras.

En el orden personal, cuanto más brillantes son nuestros triunfos exteriores más profunda suele ser nuestra crisis espiritual; si nuestro desenvolvimiento ha sido sólo exterior, nuestra angustia puede acentuarse. Cada vez se nos hace más oscura la respuesta a la pregunta que no podemos evitar: la del sentido. Qué sentido tiene el adelanto conseguido con tanto esfuerzo y sufrimiento; qué sentido tiene *mi* vida. La crisis de sentido mina la base sobre la que se asientan los triunfos personales.

Anhelamos felicidad, paz interior. Frente a la plenitud a que aspiramos, nuestros bienes, nuestra vida, nuestros objetivos, pueden llegar a parecerse vacíos y sin significado. No es que odiamos al mundo o que nos sintamos a disgusto

haciendo la vida común, pero no necesitamos recorrer todo ese camino para saber que no nos brindará lo que deseamos realmente. Anhelamos un bien interior, una seguridad fundamental, un conocimiento cierto que nos haga saber quiénes somos, para qué sufrimos y nos esforzamos. Amamos la vida y sabemos usufructuar de los beneficios que nos brinda la sociedad, pero no nos es suficiente: ansiamos una conquista permanente.

Sabemos ya, porque lo hemos comprobado, que el camino de la posesión no nos da paz ni seguridad. Sabemos que tener más no significa ser diferente, ni ser más, ni ser feliz. Nunca pudimos saciar nuestros deseos totalmente. Al contrario, la saciedad hasta puede aumentar nuestra insatisfacción. Al final, el peso de nuestras experiencias y de lo que hemos adquirido nos agobia, nos asfixia. Estamos ya cansados de correr tras metas que no nos prometen más que una felicidad transitoria. Estamos cansados de perseguir ilusiones, de aprender textos en palabras que no nos dan lo que esperamos; cansados de repetir lo que otro ha dicho o hecho, de hollar sendas gastadas por las lágrimas y la desesperanza. Estamos cansados de cubrir nuestra angustia con las cáscaras de la sofisticación, de la moda, de la pose, de lo artificial y vacío. Cansados de representar un papel sin saber por qué ni para qué.

Quisiéramos detenernos, frenar la rueda de la vida para poder ver mejor, para preguntar a fondo, para saber qué pasa, qué *nos* pasa.

Sabemos que de nada vale reaccionar contra el sistema en que vivimos; nuestra reacción sería un producto más del sistema del que queremos liberarnos, el cual se mueve dentro del ritmo de los contrarios, del “a favor” o “en contra”, del “viva” o “muera”. Tampoco podemos huir; la huida exterior es imposible. Todos pertenecemos al sistema. No podemos escapar exteriormente de un estado de conciencia.

Tampoco escuchamos a quienes nos dicen que no pensemos, que no nos preocupemos, que vivamos nuestra vida. Sabemos que vivir nuestra vida quiere decir dar la espalda al resto de los seres y sus problemas, desentendernos. No queremos desentendernos. No queremos taparnos los ojos con la indiferencia. No podemos: estamos comprometidos.

Nos sentimos presos. Al no encontrar escape posible queremos desprendernos de lo que sentimos que somos. Queremos, en realidad, trascender nuestro estado de conciencia positivo. Esto es: renunciar.

Comienza así nuestro camino de renuncia. Y nuestro primer paso es un cambio de actitud frente al mundo y la vida, que aparentemente nos vuelve hacia el lugar del que queríamos escapar: debemos aceptar el mundo y la vida. Pero no con una resignación pesimista, como lo habríamos hecho de persistir en nuestro estado de conciencia positivo. Debemos aceptarlos como *nuestra* realidad. Es decir, debemos dejar de reaccionar positivamente contra un medio que es nuestro medio, contra los individuos que constituyen nuestra humanidad.

La rebelión contra el dolor y la ignorancia que nos apartaba del mundo y de la vida, se transforma en una aceptación profunda que nos integra al mundo y a la vida. Esta integración, que superficialmente podríamos entender como una materialización de nuestro ser, es en realidad una comunión interior con los seres, una integración a la existencia que profundiza y espiritualiza nuestra visión de lo divino.

Al aceptar *nuestro* mundo, al no rechazar más una humanidad que es la nuestra, comenzamos a descubrir a cada individuo dentro de ella, y a amarlo tal como es. Al amarlo empezamos a comprenderlo. Y, *a través de los seres humanos*, comenzamos a comprendernos a nosotros mismos.

Cuando reaccionábamos nos preocupábamos sólo por nosotros mismos y terminábamos en la angustia de no entendernos y de no entender. Cuando renunciamos, cuando nos hicimos responsables, cuando aceptamos a todos los demás, al mundo, a la vida, comprendimos al ser humano en nosotros mismos y comenzamos a encontrarnos a nosotros mismos en el ser humano.

La primera renuncia fue, entonces, dejar de huir, de aislarnos en el desinterés y la indiferencia; terminar de pensar en nosotros mismos y desde nosotros mismos, que es el modo de dar la espalda a todo lo demás.

Pero no fue suficiente. Si bien la aceptación, tal como la describimos aquí, significa un nuevo estado de conciencia, no interpretemos que cuando entendemos

que debemos aceptar ya tenemos ese estado de conciencia. La aceptación profunda requiere muchas aceptaciones. No cambiamos de estado de conciencia y de visión interior tan fácilmente. Necesitamos un esfuerzo interior perseverante, una renuncia permanente.

Comenzamos, entonces, a renunciar. Cada renuncia nos exige una lucha interior, nos cuesta. Como estamos en un estado de conciencia positivo medimos lo que dejamos, lo que perdemos, lo que sacrificamos, y lo comparamos con lo que ganamos. Racionalizamos nuestra mística dentro de las columnas de ganancias y pérdidas. No nos damos cuenta todavía de que la función racional se basa en una actitud positiva de nuestra mente, y que mientras no adquiramos la capacidad de cambiar a voluntad esa actitud por una negativa, no comprendemos el significado de la renuncia.

Nuestra renuncia es positiva y se concreta en actitudes extremas: "Si la búsqueda del placer no lleva a la felicidad, no quiero el placer. Si la riqueza material no sacia mis anhelos, no quiero esa riqueza. Si el amor instintivo o el limitado produce apego y encadena al temor y al dolor, rechazo ese amor".

La renuncia positiva es verdaderamente un despojo. Nos vamos desprendiendo de lo que teníamos y rechazamos lo que antes deseábamos. Si el deseo era la fuente del dolor, ahora no queremos desear. Queremos ser libres. Queremos alcanzar la felicidad. Queremos lograr la realización. Queremos la unión divina. *Queremos.*

Caemos en un engaño. No hemos renunciado; dejamos ciertas cosas porque deseábamos otras. Pero si dejamos un mundo, todavía no encontramos otro diferente. Nos apartamos del camino del dolor, de la ignorancia, de la confusión y la huida, pero ahora no sabemos dónde nos encontramos. Nos despojamos de falsos atributos, pero todavía no hallamos los reales. Rompimos algunas cadenas pero no alcanzamos libertad.

En el estado de conciencia positivo renunciar es dejar, es rechazar, es despojarse. Es como morir viviendo. Pero salir de aquí es estar allá. Tirar esto es tomar aquello.

Así como al poder medir nuestros pasos, nuestros esfuerzos y nuestros logros tenemos la sensación de estar avanzando –sensación que nos da seguridad– así también estamos sujetos a las contradicciones de la actitud positiva. Por más que lo procuremos no logramos equilibrio ni tampoco profundidad. La estabilidad interior, cuando la conseguimos, es fruto de la voluntad y no de la paz. Y si a veces entendemos, lo hacemos con nuestro intelecto solamente; nuestras comprensiones no tienen raíces en nuestro interior.

Como todavía no tenemos buen dominio sobre nuestros movimientos interiores necesitamos estar siempre alertas, de lo que deriva nuestra actitud casi beligerante. No podemos superar la susceptibilidad, ya que permanecen en nosotros los moldes que la actitud positiva impone a nuestra conducta. El esfuerzo por crear nuestra personalidad nos acostumbró a una permanente defensa, que fácilmente se trueca en ataque y, a veces, en provocación. Es que siempre nuestra finalidad fue ganar. Ganar es sentirnos fuertes, es estar seguros, es haber triunfado. Por eso, en la renuncia positiva nos medimos y comparamos permanentemente con los demás. Además, nos mantenemos en lucha, prontos para rechazar lo malo y abrazar lo bueno. Pero al mismo tiempo vivimos sumidos en la aflicción, porque no podemos sustraernos de la oscilación entre la alegría y el dolor, la esperanza y la frustración, los momentos de triunfo y los instantes de fracaso y desesperación.

Queremos renunciar, pero no terminamos de lograrlo. Somos sinceros en nuestros propósitos, pero estamos prendidos de los vaivenes producidos por nuestros pensamientos y sentimientos inconstantes, estamos atados a las contingencias de nuestra lucha interior.

Seguimos siendo los mismos. Dejamos todo, sacrificamos todo, pero no alcanzamos a tocar nuestro centro interior. No mellamos siquiera la corteza de nuestra personalidad. Nuestra renuncia es una serie de renunciaciones que no nos dan paz permanente ni amor real.

Esta primera parte del proceso de desenvolvimiento espiritual es fácil de recorrer. Podemos ser orientados sin dificultad porque nuestro esfuerzo interior es de la misma naturaleza que nuestros esfuerzos exteriores. La lucha espiritual

asume las mismas características que una lucha exterior contra un enemigo objetivo, determinado, visible.

En esta etapa la realización espiritual es un objetivo concreto: el éxtasis o estados interiores extra-ordinarios, por la práctica de ejercicios apropiados; la salvación, por la perfección alcanzada a través del ejercicio positivo de todas las virtudes. Estamos en la etapa del hacer, de la concreción. En esta etapa desarrollamos la voluntad, que aplicamos al logro de metas precisas: algo específico que dejamos, que sacrificamos, para conseguir algo más perfecto.

Es bueno esforzarnos en adquirir dominio sobre nuestra voluntad, porque nos permite mejorar nuestros hábitos, como también practicar ejercicios espirituales, orar y meditar con asiduidad. Para hacer un hábito de estas prácticas necesitamos ser constantes en nuestros esfuerzos y adquirir cierto dominio sobre nosotros mismos. Es fundamental que usemos nuestra fuerza de voluntad en este primer período, porque no nos resultará fácil lograr luego los hábitos que nos ayudan a adquirir buen dominio sobre nuestra mente y nuestros impulsos. Pero cuando vamos alcanzando mayor comprensión, si bien vamos teniendo una visión interior más integral de nosotros y de la vida, comenzamos a contar cada vez menos con el poderoso motor del deseo positivo que nos permitía concretar nuestros propósitos.

En la etapa positiva afirmamos nuestra personalidad; la renuncia positiva, aparentemente, la sigue fortaleciendo. Pero no por eso hemos de pensar que, como el estado de renuncia es negativo, sólo podremos alcanzarlo a través de una vía interior exclusivamente negativa.

Si desde el primer momento siguiéramos una vía totalmente negativa, nos sería muy difícil desarrollar la fuerza interior que necesitamos para perseverar en nuestros esfuerzos. Como tenemos conciencia de que todas las metas son relativas, esa visión, si bien amplia, tiende a quitarnos la fuerza que necesitamos para alcanzarlas. Es verdad que desde el principio necesitamos saber que la renuncia es no ganar, no tener, no ser; pero en la primera parte de nuestro desenvolvimiento el no ganar, el no tener y el no ser se constituyen en objetivos concretos que necesitamos realizar a través de una actitud y un esfuerzo positivos.

Sabemos que renunciar es no ganar; entonces, queremos no ganar. Como no podemos evitar que lleguen a nuestras manos los frutos de nuestros trabajos, los rechazamos sistemáticamente. Ese rechazo, sostenido por un sacrificio interior efectivo, por el esfuerzo de nuestra voluntad para apartar uno a uno los bienes que no queremos adquirir o retener, es un movimiento positivo objetivo, determinado. Pero va acompañado de sufrimiento y no de plenitud.

Queremos renunciar, ser libres, y apartamos de nosotros todo bien que pueda atarnos o trabar nuestros pasos. No obstante, cada vez que hacemos un acto de desprendimiento sufrimos, lloramos por lo que dejamos y, además, no nos sentimos más libres después de dejar lo que poseíamos. Si nuestro estado interior hubiera sido negativo nuestro desprendimiento habría sido espontáneo, fruto de una comprensión que trasciende el hecho de dejar algo; en vez de sufrimiento habría producido en nosotros una expansión espiritual.

La actitud interior positiva da fuerza a la voluntad, pero quita conciencia, o impide su expansión. La aplicación positiva de la voluntad limita nuestra visión interior, no nos permite una comprensión profunda de nosotros mismos, de nuestro camino de desenvolvimiento, de la naturaleza de nuestros anhelos espirituales. Nos presenta escuetamente la acción que debemos ejecutar y nada más. Sabemos que debemos desprendernos de algo que todavía deseamos tener, y no sabemos otra cosa ni queremos saberla. Mientras rechazamos algo con toda la fuerza de nuestra voluntad, una parte de nosotros lo sigue queriendo. En ese momento nuestra actitud positiva nos impide tener conciencia de la extraordinaria libertad de la renuncia; no podemos recordar que los dolores que sufrimos fueron provocados por lo mismo que hemos deseado.

En este período cada acto de renuncia implica una simple pregunta: si estamos o no dispuestos a desprendernos de lo que todavía aferramos. Si estamos dispuestos y nos desprendemos, triunfamos, sentimos que hemos cumplido, que dimos un paso más. Ese éxito hace crecer nuestro entusiasmo y fervor. La fe que vamos teniendo en nosotros mismos nos ayuda a lograr lo que nos proponemos, pero, al mismo tiempo, nos afirma en la personalidad que queremos trascender. Por otra parte, si bien a medida que vamos cumpliendo nuestros ac-

tos de desprendimiento sentimos que realmente renunciamos, no podemos evitar el otro polo de toda situación positiva. Nuestros triunfos dependen de nuestro fervor circunstancial, de nuestros estados de ánimo. Así como muchas veces cumplimos con fervor nuestros propósitos, muchas otras los olvidamos, volvemos a cerrarnos y, aparentemente, rechazamos nuestro anhelo de libertad y expansión espiritual. Esta variabilidad nos hace sentir profundamente desgraciados y nos genera sentimientos de amargura y fracaso que nos acompañan en todo el período positivo, en forma independiente de las conquistas espirituales que podamos ir logrando.

La sensación de fracaso es, entonces, también un aspecto de la afirmación personal. Esta afirmación ocurre tanto a través de un triunfo como de una derrota. Independientemente del resultado circunstancial que logremos después de un esfuerzo, lo usamos para fijarnos más en nosotros mismos, para fortalecer más nuestro yo personal y separado. Pero esta afirmación, al poner de relieve los matices de nuestra personalidad, también la deja al descubierto. Muestra que nuestra personalidad es incapaz de alcanzar una realización interior permanente y trascendente; que no puede escapar del vaivén de sus estados contradictorios. Es necesario que nuestra personalidad se muestre tal como es para que su fracaso llegue a ser total y definitivo.

Pero sólo nuestro yo personal puede hablar de fracaso. Lo que llamamos fracaso es solamente el descubrimiento de los límites que no podemos pasar por medio de acciones positivas. El campo de las conquistas personales es muy amplio, pero tiene un final. Como no podemos alcanzar la paz y plenitud que tanto deseamos, creemos que fracasamos; no podemos esforzarnos más de lo que nos hemos esforzado. Mas ese fracaso aparente nos conduce hacia lo que, tradicionalmente, se llama muerte mística, la que nos conduce a lo que podríamos considerar una resurrección. El fracaso libera nuestro ser interior, que ya no depende del ejercicio positivo de la voluntad.

Aunque estudiemos, entendamos y expliquemos con claridad todos los estados que hemos de pasar en el proceso de expansión de nuestra conciencia, nuestra realidad interior puede ser muy diferente del desenvolvimiento que describi-

mos con tanta claridad. Entender es necesario porque nos predispone hacia un estado de conciencia más amplio; pero si bien entender es un adelanto, no es una realización. Por ejemplo, muchos hablamos en forma excelente de la virtud sin haberla practicado realmente.

No es bueno hacer de la mística una abstracción intelectual. La mística es un estado interior nuestro; los razonamientos que hacemos sobre ella no implican que tenemos experiencia mística ni realización interior, y pueden conducirnos fácilmente a conclusiones falsas.

Esforcémonos, entonces, en la realización positiva del desprendimiento, de las renunciaciones y de las virtudes; pero hagámoslo de tal manera que podamos descubrir el significado espiritual de la renuncia. Al mismo tiempo de impulsar nuestro desenvolvimiento con nuestros esfuerzos positivos cuidemos de no transformar los medios en fines. Hagamos de nuestras conquistas positivas sólo un medio para trascender a un estado negativo que nos oriente hacia un estado de renuncia permanente.

* * *

En la etapa positiva, así como las virtudes eran dones que pretendíamos alcanzar, los defectos eran imperfecciones que teníamos que eliminar. Pero esos defectos eran medios que nuestra personalidad usaba para afirmarse y desarrollarse. Para triunfar en un mundo donde la fuerza es ley y donde la relación humana se transforma en competencia, es necesario poseer una personalidad fuerte. El amor propio era el motor de la mayoría de nuestros esfuerzos positivos. La ambición nos impulsaba a luchar y vencer, nos movía sin darnos reposo hasta hacernos dueños de nuestros objetivos. La impaciencia, la susceptibilidad, el egoísmo, la ambición, la agresividad, eran las herramientas que nos permitían progresar, vencer en la lucha por la vida. Y las usamos como armas para defendernos y atacar, como medios que nos servían para poseer y atesorar. De ellas sacábamos la fuerza necesaria para agredir y triunfar.

En la etapa de afirmación positiva vivimos al nivel de la personalidad que hemos adquirido; la vida es competencia, agresión abierta o disimulada y, en cier-

tos casos, violencia. Tener más, ganar más, ser más, es la ley de la vida positiva.

El estado de conciencia positivo siempre determina nuestros esfuerzos dentro de un sistema de competencia. Esta competencia no se limita a la puja por adelantarnos a otros o a destacarnos sobre ellos, sino que también se establece entre lo que sentimos que somos y lo que deseamos ser, entre lo que ya adquirimos y lo que queremos conseguir. La imagen del objetivo es el competidor con quien luchamos; en la medida en que se acorta la distancia entre el punto al que arribamos y la meta que queremos alcanzar, sentimos que avanzamos y que se acerca nuestro triunfo.

Pero cuando la competencia se lleva a su última expresión destruye las relaciones que anhelábamos mejorar, vicia el amor y endurece las actitudes. En el mundo positivo y competitivo estamos tanto más solos y desamparados cuanto más numeroso es el grupo al que pertenecemos: todos somos competidores. Y cuando establecemos la vida espiritual dentro de un estado de conciencia positivo nuestra lucha por alcanzar la unión divina significa también una competencia, pero ya entre nosotros y Dios. Es decir, una contradicción.

En la etapa de afirmación positiva y personal, como asimilamos la renuncia a un estado positivo y la queremos poseer como un bien concreto, nos hallamos en una paradoja, en un camino de contradicciones. La renuncia, que es nuestra nueva ambición, nos exige terminar con la ambición. Las herramientas que nos permitían triunfar como personalidad ahora son defectos que debemos extirpar. Pero esos defectos son nuestro modo de ser: el amor propio es nuestro amor propio, el egoísmo es nuestro egoísmo, la pasión es nuestra pasión. *Somos* así; es nuestro estado de conciencia.

En la etapa positiva no podemos dejar de identificarnos con nuestros pensamientos y sentimientos. Somos lo que sentimos y pensamos en un momento determinado. Ser y estar significan, todavía, la misma cosa, sin darnos cuenta de que *ser* implica permanencia y *estar*, transitoriedad: *somos* buenos, *somos* malos; *somos* creyentes, *somos* ateos; *somos* atrasados, *somos* evolucionados. Es decir, identificamos nuestro ser con estados transitorios. Esta identificación

está tan arraigada que, si cambiamos nuestras creencias, se nos considera como si fuéramos otras personas, con naturaleza diferente. El infiel, sobre el que se descargaban todas las culpas y maldiciones pasa a ser un fiel, dotado de virtudes y prerrogativas.

Cuando estábamos, entonces, en el estado de conciencia positivo, nos encontrábamos con que debíamos extirpar de nosotros lo que sentíamos que era inseparable de nuestra naturaleza. Terminar con la ambición, el egoísmo, el deseo de posesión, era una especie de autodestrucción, de suicidio interior. Sufríamos por eso en una lucha que parecía no tener fin. Aunque lográramos imponer nuestra voluntad sobre nuestros deseos, aunque triunfáramos sobre nosotros mismos, siempre nos quedaba la sensación de que ese triunfo no era total ni definitivo, que lo único que habíamos hecho era controlarnos, pero no cambiar.

Y queríamos cambiar, ser diferentes. Pero, ¿podíamos acaso lograrlo? ¿Podíamos eliminar nuestra personalidad como borramos una mancha desagradable? ¿Podíamos liberarnos de lo que habíamos sido, de nuestras experiencias, de nuestros deseos, de la huella que nos dejó la vida?

Nos ayudaría comprender que *la personalidad es la determinación del ser en el estado de conciencia positivo.*

No podemos dejar de ser lo que somos, pero podemos comprender lo que no somos. La personalidad es nuestro modo contingente de ser, y sólo eso. Desde el estado de conciencia positivo, como la renuncia trasciende la personalidad, vemos la renuncia como si fuera nuestra aniquilación. Pero desde la conciencia profunda de ser, vemos que la identificación con una personalidad es la negación de nuestra individualidad.

Al considerar la individualidad cuidemos de no confundirla con individualismo. El individualismo es una consecuencia de la personalidad, y es la manifestación de su separatividad. El individualismo, en el lenguaje de la Ascética Mística, es opuesto a la participación. Sólo podemos ser individualistas cuando nos identificamos con los productos de nuestra personalidad.

Podemos decir, entonces, que individualidad es la negación afirmativa del ser. Cuando renunciamos a nuestra personalidad nos afirmamos en nuestra individualidad. Nos afirmamos negativamente en nuestro ser en vez de identificarnos en forma positiva con sus atributos.

En la etapa de la renuncia positiva, cuando comprendemos que necesitamos renunciar a nuestra personalidad, queremos destruirla. Pero no tiene sentido pensar en destruir la personalidad; no es posible. Toda expresión del ser en la vida determina una personalidad. Pero cuando no nos identificamos con ella, la personalidad pierde su carácter positivo, compuesto e inconsciente, y se transforma en lo que debe ser: el punto de apoyo a través del cual la conciencia se hace voluntad y el pensamiento se hace obra.

La Muerte Mística

En la etapa de la renuncia positiva estamos presos dentro de los pares de opuestos de ganar y perder, de poseer y dejar. Vemos claramente en nuestro interior el mal que debemos rechazar y el bien que debemos alcanzar. Pero esta primera etapa no constituye un estado de conciencia homogéneo, después del cual trascendemos a otro diferente. En todas las etapas de nuestro desenvolvimiento tenemos instantes de expansión espiritual y de comprensión interior propios de estados más elevados; las diversas etapas se diferencian por la característica que más prepondera en ellas. En el primer período de nuestro desenvolvimiento, que llamamos *estado de conciencia positivo*, domina la actitud posesiva y el ejercicio positivo de la voluntad.

Aun cuando limitemos la vida espiritual a la práctica positiva de las virtudes, nuestra voluntad de renunciar no puede dejar de dar frutos interiores que llamamos negativos. Nos vamos abriendo a través de un estado de participación que nos une interiormente con los seres, con el mundo, con la vida, en una expansión progresiva que nos revela en forma paulatina el sentido espiritual de lo divino. Pero como todavía predomina en nosotros la actitud positiva, el mundo y la vida se nos muestran principalmente en sus aspectos extremos de dolor, angustia, destrucción y desesperación.

Así como antes nos sentíamos fracasar en nuestro intento de alcanzar una perfección personal, así ahora nos sentimos impotentes frente al mal y el dolor que se nos revelan por todas partes y que no sabemos cómo eliminar o aliviar. El mal de afuera va entrando en nosotros y se va haciendo nuestro mal. Poco a poco vamos dejando de diferenciar nuestro dolor del dolor general. Nuestro sufrimiento, que antes se circunscribía a los estrechos límites de nuestra persona, ahora se ha transformado en el dolor del mundo que se manifiesta en nosotros a través de nuestro dolor.

Queremos hacer algo positivo y concreto, pero sabemos de antemano que nuestra acción, aun la más excelente que pudiéramos hacer, se perdería dentro del

mar de confusión y violencia que nos rodea. Nuestra impotencia nos hace amar cada vez más a los seres, nos une a ellos. Los amamos en su desamparo, por su dolor y en su dolor. Es que también nosotros nos sentimos desamparados; ya no podemos apoyarnos más en nuestra fe positiva. Nos damos cuenta de que nuestra fe había sido la mera adhesión superficial a una creencia de una personalidad sin mayor conciencia. Paradójicamente, ahora que descubrimos un sentido más puro de lo divino en nuestro interior, sentimos como si ya no pudiéramos más creer. En realidad, nuestro creer se está transformando en un saber, pero tan profundo que todavía no lo sentimos como apoyo. Por eso, al sentimiento de fracaso por no haber podido alcanzar la plenitud interior y la comprensión que tanto buscábamos, ahora se añaden los de desolación, impotencia y desesperación por no poder ayudar a los seres, por no poder cambiar la condición del mundo en que vivimos. Antes creíamos haber fracasado sólo en nuestro interior; ahora le sumamos la sensación de fracaso exterior.

Nos sentimos inútiles. No sabemos qué hacer. Quisiéramos morir, si nuestra muerte sirviera para salvar a los seres humanos, sacarlos del pozo de ignorancia y confusión en el que los vemos sumergidos. Pero no podemos evitar pensar que nuestra muerte sería sólo otra muerte más en un devenir que transforma la vida en una muerte continua. Nuestros ojos ven la vida y el mundo tras los cristales del dolor y la impotencia. Sentimos impulsos de arrojarnos a una acción desesperada, en nuestro angustiado esfuerzo por hacer algo. Imaginamos soluciones, tejemos planes; pensamos en los seres humanos, por los seres humanos. No obstante, comprobamos dolorosamente todos los días cómo los seres humanos nos dan la espalda, nos ignoran, hasta nos desprecian, como en una burla cruel y lacerante.

Miramos doloridos a nuestro alrededor: buscamos a alguien que comprenda. No nos interesa que nos comprendan —somos nadie, no contamos—; queremos encontrar a alguien *que comprenda*. Estamos solos. Solos por dentro. Solos por fuera. Nos sentimos aislados, excluidos. Y en esa absoluta soledad comenzamos a revelarnos a nosotros mismos.

Hemos dejado todo; no conservamos ni uno solo de nuestros triunfos; ninguno de nuestros lazos ha dejado de quebrarse. Pero nosotros seguimos estando. Persistimos.

La voluntad de desprendernos, al liberarnos de bienes y atributos, nos llevó hacia el meollo de nuestra personalidad. Por eso creemos que ya hemos agotado las posibilidades del camino interior. Hemos probado la posesión y la pobreza, el hartazgo y la privación. Oramos, rogamos, lloramos, esperamos. Sufrimos y desesperamos. Ya aceptamos el mundo y la vida; los seguimos aceptando. Pero nos rebelamos ante el dolor consecuente. No aceptamos que no haya salida – *nosotros* no vemos en ese momento ninguna salida–. Quisiéramos desaparecer, no ser. No podemos. Cuanto mayor es nuestro dolor, más nosotros somos. Nuestra angustia afirma aún más nuestra personalidad. Somos, cada vez más, *nosotros*, con nuestro dolor, con nuestras preguntas, con nuestra oscuridad.

Nos preguntamos una y otra vez qué hacer. Llegamos al final del camino positivo sin encontrar paz ni respuestas. El camino positivo nos permitió adueñarnos de lo que quisimos y dejar lo que no quisimos. Poseímos nuestros triunfos y nuestras caídas. Poseímos interiormente a los seres y al mundo. Vivimos su dolor y su angustia en forma posesiva. Poseímos las virtudes y con ellas el bien positivo. Quisimos nuestro cielo, y para eso quisimos nuestra renuncia. Poseímos la renuncia como una cosa más. Pero al final del camino positivo de posesión y afirmación nos estaba esperando nuestra propia imagen, más firme, más arraigada que nunca.

Ahora sufrimos:

Yo sufro.

Quisiera morir, pero no me engañe más: el deseo de morir es una fuga. No encuentro nuevas luces que me guíen en mi camino interior. Quisiera a veces volver atrás, atarme nuevamente, sumergirme en la inconsciencia, volver a mi credo de posesión, a reverenciar el goce; quisiera taparme los ojos y cubrir mi corazón con las ya ajadas ilusiones.

Pero, ¿puedo volver, acaso? ¿Puedo volver a tomar lo que dejé voluntariamente, porque con eso no obtenía la felicidad que anhelaba? ¿Puedo volver a engañarme, volver a la pose, a lo artificial, a lo ilusorio? ¿Volver a empañarme con bienes y goces que ya no estimo?

¿Se puede volver de una comprensión, de un despertar, como quien desanda un camino? ¿Puedo dejar de ver lo que veo, no sentir lo que siento, no amar como amo? ¿Puedo acaso volver a limitarme en un amor egoísta, a enredarme en la mentira, en la simulación? ¿Volver a dónde? ¿A qué?

No hay escape. La salida que buscaba era un escape. Y ya no quiero huir.

Pero tengo miedo. Miedo al vacío. Busco ávidamente algo donde pueda asirme; no lo encuentro. Mis fuerzas se van gastando. Quiero estar solo. Descansar. Olvidar. Cerrar los ojos y alejarme de mi propia imagen, de mi mismo. Olvidar que existo, que soy, que he buscado algo, que quise ser.

Aunque el deseo no ha desaparecido en mí, algo comienza a ceder en mi interior. Empiezo a aceptar todo en una forma más profunda. Ya no confundo más aceptación con resignación. Mi aceptación era antes una conformidad con lo inevitable. Ahora es decir sí. Un sí total, integral, que nace de la más profunda oscuridad de mi ser. Todo mi ser es un sí.

Digo, entonces, sí. Sin pedir, sin esperar, sin imaginar. Por primera vez.

Me entrego.

Ya no quiero nada: ni poseer ni dejar; ni saber ni no saber. Mi búsqueda de paz y de felicidad se me aparece como una ilusión vana. ¿Cómo pude desearlas así, para mí? Ya no quiero nada. Mi voluntad se rinde; no hay objetivo sobre el que pueda aplicarla positivamente.

Sin comprender cabalmente lo que me está ocurriendo, comienzo a sumirme en un estado interior nuevo, diferente. Es como si ya nada me llamara la atención ni me impulsara a moverme. Estoy ahí, quieto. No tengo nada. No busco nada. La desesperación que antes me agobiaba se ha transformado en un peso, casi dulce, en mi corazón. Me siento lejos de todo y de todos. Estoy sin nada. Vacío. En un vacío gris, como en un mar de tristeza.

Comienzo a morir místicamente.

Cuando dejé de desear fue como si hubiera dejado de ser. El deseo me daba vida. No era la posesión del objeto, sino el deseo, la fuerza del querer, lo que me daba la sensación de estar vivo. Pero al desear vivía esperando. Y, al esperar, identificaba la vida con el transcurrir del tiempo. Ahora que no deseo vivo como si estuviese muerto.

Para mí, la vida era como una línea trazada por el deseo en pos de algo. Vivir era andar, recorrer, alcanzar, luchar, para tener. Era ganar y perder, correr y parar. La vida era competencia, lucha. Amar era sentir con fuerza, emocionarme, sufrir, asir, poseer. Luchar era violencia, odio, agresión, o destrucción y triunfo. La vida era un hecho positivo, sensible, concreto.

Ahora me siento como muerto. ¿Hacia dónde ir, si ya no busco nada? ¿Qué triunfo espera al que perdió la ambición? Mi mirada, triste y desolada, suspendida entre el cielo y la tierra, no encuentra asidero donde tomarse ni regazo donde aliviarse. ¿Qué puedo esperar cuando nada quiero? Los trabajos que antes me entusiasmaban se hacen una rutina árida y pesada. Me esfuerzo por costumbre; vivo apoyado en hábitos que adquirí en la etapa positiva y que son los únicos puntos en los que puedo apoyarme. La renuncia y la ofrenda son mi modo de ser; no puedo ser diferente. Por eso, no me siento virtuoso ni doy gran valor a la vida extra-ordinaria que vivo; soy así.

Estos estados podrían hacer pensar que uno sufre un desequilibrio interior, como si hubiera caído en una actitud de desesperanza definitiva, en una especie de desengaño total de la vida y del mundo. Por eso es importante poder diferenciar el verdadero estado místico de los desequilibrios o las fantasías subjetivas. Cuanto más adelantamos en el camino místico, mayor es nuestro equilibrio y estabilidad interiores, más claro es nuestro discernimiento y más sensatas nuestras actitudes. No confundimos nuestras experiencias espirituales, que son íntimas, con las obligaciones y responsabilidades que, como toda persona, cada uno debe cumplir en el mundo. Cuanto más profunda es nuestra mística mayor es nuestra eficiencia práctica, nuestra dedicación al trabajo y más armoniosa la relación que tenemos con los demás. Pero, además, hay una señal que nos ayu-

da a discernir: quien padece un desequilibrio interior traduce su insatisfacción en egoísmo, en aislamiento, en un desinterés cada vez mayor por los seres, por la vida, por el mundo; se desentiende de la sociedad. La mística, en cambio, hace que nos sintamos cada vez más comprometidos, que extendamos y profundicemos nuestro sentido de participación. Desde este punto de vista, renunciar es triunfar sobre la indiferencia.

Participamos en la vida, entonces, de un modo activo y permanente. Es cierto que sufrimos un gran vacío interior, pero al mismo tiempo palpita en nosotros un amor cada vez más profundo hacia los seres, la vida, el mundo. A pesar de sentirnos solos y vacíos, a pesar de no desear ni buscar ya nada, participamos. Participamos con todo nuestro ser, pero negativamente, sin pasión ni deseos personales. Nuestra participación es la expresión de nuestro amor, cada vez más profundo. Al mismo tiempo que estamos integrados a la vida y a los seres por nuestra participación y sufrimos o nos alegramos con ellos, hay algo en nosotros que no se mueve. En lo más profundo de nuestro ser permanecemos quietos, como si estuviéramos muertos.

Pero no nos damos cuenta de lo extraordinario de nuestro estado interior. Como nuestra participación no se apoya en acciones ni emociones positivas, no nos sentimos más unidos con los seres, con el mundo, con lo divino, a pesar de estarlo ya profundamente. Cuando sufrimos, es por falta de la sensación positiva propia de la actitud personal. A medida que nuestro amor se va haciendo más interior va dejando de expresarse a través de fuertes emociones, y nos movemos emotivamente cada vez menos. Entonces creemos que sentimos menos. Atados al recuerdo de los estados positivos, creemos que amamos menos porque sentimos menos cuando, en realidad, vamos haciendo nuestro el don del amor.

En la etapa positiva las emociones eran fuertes, definidas. La devoción era activa. Orar era decir oraciones; amar era sentir una emoción; sufrir era llorar por algo. Era el período de los pasos seguros, de los actos heroicos, de las virtudes concretas. El terreno que pisábamos se sentía siempre firme bajo los pies. El

fervor era una fuerza interior que surgía incontenible, y el amor arrastraba al sacrificio violento y hasta cruento.

Todo quedó atrás, como el pasado que se trata de recordar, pensando si habrá existido realmente.

Ahora estamos quietos. Sufrimos y amamos, pero de otra manera. Nosotros mismos no sabemos cuánto sufrimos ni cuánto amamos. No pensamos en eso. No medimos, no pesamos; estamos. Comenzamos entonces a descubrir un mundo interior más profundo, el de los estados espirituales negativos.

Experimentamos la muerte mística como una verdadera muerte: cuando termina el deseo, es como si muriera la personalidad que hemos adquirido. Ésta continúa y seguimos expresándonos con ella, pero sin determinarnos en ella, lo que cambia nuestra manera de sentir lo que somos y lo que hacemos. La muerte mística nos deja una extraordinaria libertad y paz interiores que quedan en nosotros para siempre.

Negación Afirmativa

El descubrimiento de nuestro mundo interior, de nuestros dolores y necesidades, el anhelo de hacer algo por el mundo, la desesperación por la impotencia que sentimos al medirnos con los problemas que quisiéramos remediar, no son estados que experimentamos únicamente en la muerte mística. Es normal que sintamos el dolor de los demás y queramos hacer algo para remediarlo. Ese deseo nos mueve a realizar obras de bien e impulsa nuestro adelanto hacia nuevas vías de desenvolvimiento. Pero en la muerte mística el dolor y la condición humana se sufren de tal manera que se pierde la distinción que separa mi dolor del dolor del otro, mi vida de su vida, o de la vida.

La desesperación por sentirnos impotentes frente al sufrimiento humano es un estado de participación; no debemos confundirla con la desesperación que a veces experimentamos cuando las cosas no son como deseamos. En este caso, la desesperación nos encierra en nosotros mismos, nos aísla. En cambio, en la muerte mística, el dolor nos expande interiormente como si dentro nuestros vieran todos los seres humanos.

Hasta ahora dividíamos el mundo entre los buenos y los malos, los que sufrían y los que hacían sufrir. Ahora vivimos un dolor que está más allá de la separatividad. La injusticia y el dolor exteriores son, para nosotros, sólo el reflejo de un estado de angustia que descubrimos en un nivel mucho más profundo que aquél en el que comúnmente establecemos los problemas. Nuestro dolor nace de una toma de conciencia, cada vez más profunda, de lo que significa vivir en este mundo, ser un ser humano. Es un dolor por la oscuridad, por la des-gracia de la condición humana; es el dolor de no ser, en cuanto no ser signifique ausencia de Dios.

Aun cuando hayamos sido iluminados por comprensiones trascendentes, aun cuando según nuestra medida estemos salvos, todo eso es nada para nosotros en este momento, porque no es un bien de todos los seres humanos.

Al participar con todos los seres sentimos nuestra experiencia y comprensión como algo accidental en la vida de la humanidad, algo casi extraño a nosotros mismos. Como si todas nuestras experiencias anteriores pertenecieran a otra persona, a *una* persona. Porque ahora somos-en-todos-los-seres. Y al ser-en-todos vivimos la oscuridad y el dolor de la condición humana, del ser que no es, que no sabe, que vive a ciegas un destino que no le muestra una finalidad, un sentido evidente.

Nuestra personalidad ha perdido el aliento del deseo. El afán ha desaparecido. Los movimientos interiores se han aquietado.

En la etapa positiva las emociones eran claras y definidas. El entusiasmo, la angustia, el placer y el dolor eran los picos nítidamente delineados de los estados sensibles. Las emociones eran fuertes, consecuencia de la polaridad de los estados interiores. Mas ahora sufrir y amar es casi lo mismo para nosotros; la diferencia entre la alegría y el dolor es sólo de matiz.

Así como en la etapa positiva nuestra vida era principalmente exterior y se determinaba en actos, ahora nuestra vida es interior y se expresa en estados. Los diversos estados espirituales que experimentamos luego de la muerte mística se van diferenciando cada vez menos unos de otros, hasta que llega el momento en que se transforman en un estado único y simple.

Antes nos identificábamos con nuestro hacer, ahora lo hacemos con nuestro ser. Por eso, al hablar de estados, no los debemos entender como diferentes modos de ser que cambian en el tiempo, sino como los matices de una conciencia cada vez más simple.

Nuestra fijación interior se hace cada vez más permanente. La paz de este estado nos fluye desde nuestros estratos más profundos y abre camino hacia nuestro mundo interior, en el que nos vamos habituando a penetrar y a fijarnos en él. Descubrimos así un nuevo ámbito: el medio interior. En el medio interior volvemos a descubrirlo todo. Lo divino, la vida, los seres, el mundo, adquieren nuevas dimensiones y significados, tan profundos que no los podemos traducir al lenguaje habitual.

El medio interior está, por supuesto, más allá de la polaridad interior-exterior. Esa vida que antes creíamos que era nuestra vida interior y que identificábamos con nuestros pensamientos, anhelos y emociones, se nos muestra como una mera cáscara que cubría la vida que ahora descubrimos en nuestro medio interior. Si bien no podemos detener los movimientos de nuestra mente y nuestro corazón, al asentar nuestra conciencia de ser en un nivel más profundo, la sucesión de pensamientos y sentimientos se nos revelan como los productos superficiales de nuestra mente y nuestro corazón, y ya no turban nuestra paz ni alteran nuestra vida interior.

Al lograr profundidad adquirimos equilibrio y, poco a poco, también sabiduría. Al no ser llevados a la rastra por la imaginación y la emotividad, mantenemos una serenidad que nos permite discernir y saber.

La renuncia a ser positivamente es ser. No se puede decir que es ser negativamente, porque si bien el estado de renuncia se expresa en una contradicción entre ser y no ser, esta contradicción es sólo aparente. El ser no es, solo si lo relacionamos con su actual expresión positiva: la personalidad adquirida. Pero esta relación no puede dejar de ser superficial y contingente. La vida del ser es ser-no siendo, que se expresa en un no ser-siendo.

Ser-no siendo define la conciencia espiritual que tenemos de ser en sí, ante la cual todas las expresiones positivas de nuestro ser se muestran como si fuesen ilusorias e irreales.

No ser-siendo define el polo activo de esa conciencia de sí, que al afianzarse positivamente en actos concretos y definidos, en una conducta y una ética, los vive en toda su contingencia pero sin perder por eso la conciencia de ser. Como esta conciencia se opone relativamente a toda determinación positiva, aparece a la comprensión racional como no ser.

El estado de renuncia, entonces, no es una actitud positiva que niega un valor para realzar otro, sino un estado de reversibilidad. Al negar no separa ni excluye, sino comprende e integra. Al afirmar no limita sino hace de la concreción un medio de expansión y participación, que siempre se traduce en una ampliación del estado de conciencia.

Ahora tenemos una seguridad inconvencible. Nuestro apoyo ya no es la estructura edificada con bienes y posesiones; tampoco es el fruto de nuestras acciones ni proviene de nuestros triunfos y conquistas personales. Nuestro apoyo es negativo: nuestra libertad respecto de todo apoyo. Libertad que nace de nuestra renuncia; de no ganar, no tener, no ser.

IV. DE LA ORIENTACIÓN ESPIRITUAL

La Orientación Espiritual

Si a lo largo de nuestra vida hemos sido afortunados, lo más probable es que nos sintamos civilizados. Hemos recibido la educación, la instrucción y la capacitación que nos permiten satisfacer nuestras necesidades y las de quienes dependen de nosotros. Tenemos una visión de nosotros mismos y de la vida que nos hace sentir seguros de lo que pensamos y opinamos. ¿Qué más podemos desear?

Sin embargo, no es poco frecuente que aun quienes tienen mucho más de lo que podrían necesitar no se sientan felices y busquen medios para no pensar, para no cuestionar nada, para olvidar las falencias y las carencias de lo que llamamos nuestra civilización. Esto nos hace preguntar ¿en qué medida somos civilizados? ¿Qué estado de conciencia tendríamos que tener para considerarnos civilizados?

Es probable que siglos atrás también nos hayamos sentido civilizados. En cada época y lugar nos hemos amoldado a la cultura y las ideas del momento y ya con eso nos hemos sentido seguros de saber quiénes somos, cuál es nuestro lugar en la vida y cuáles los objetivos que tenemos que realizar. Estamos tan acostumbrados a sentirnos bien con la manera en que pensamos y actuamos que no nos alarma ni escandaliza contemplar nuestra historia de guerras, matanzas y horrores que no han dejado de sucederse desde que tenemos noticia, y que siguen sucediendo.

Tampoco nos alarman las crecientes desavenencias entre personas que dicen amarse, los mutuos abusos físicos y psicológicos, la desinteligencia entre sectores de la misma cultura ni las agresiones entre grupos que exhiben cada uno su verdad.

Por eso, como nos sentimos tan seguros, no siempre comprendemos la idea de orientación espiritual. Quizá la confundimos con propuestas para cambiar de

creencia o de ideología, o la sentimos como un tema que no es afín con nuestros propósitos en la vida.

Pero aunque nos sintamos seguros y pensemos que no necesitamos más orientación que la que ya tenemos, no podemos evitar los cimbrones interiores que sufrimos cuando vemos que la vida se nos va, que lo que hemos logrado no nos da la plenitud que anhelamos, que no estamos a salvo de infortunios por más que nos protejamos.

Es cierto que hemos adelantado como humanidad respecto de nuestros derechos y libertades, y que hemos avanzado notablemente en conocimiento y tecnología. Pero mientras contemplamos esos avances no visualizamos gran adelanto en las relaciones humanas ni tampoco en nuestra habilidad para evitar, o al menos superar, conflictos personales o sociales, ni tampoco para lograr sentirnos plenos y felices. Además, pensemos como pensemos, cada uno de nosotros enfrenta los mismos desafíos ante el misterio de la vida y de nuestro destino.

Estimamos que la forma de responder a esos desafíos es expandir nuestro estado de conciencia. Éste es el propósito de la orientación espiritual.

Dicho de otra manera, la orientación espiritual nos ayuda dar sentido a nuestra vida.

Es bueno recordar que en la orientación espiritual se parte de un equilibrio psicológico considerado normal; si tuviéramos desajustes patológicos de personalidad, tendríamos que tratar esos desajustes con profesionales idóneos. Si bien el orientador necesita tener una buena base de conocimiento psicológico para poder comprender a quienes le consultan, no da tratamiento psicológico.

Del Orientador Espiritual

La experiencia enseña que por más extraordinarias que sean nuestras dotes particulares y por intensos que sean nuestros anhelos espirituales, para realizarlos necesitamos una sabia orientación espiritual.

Algunos confundimos realización espiritual con erudición en temas del espíritu. Conocer diferentes doctrinas y puntos de vista respecto de la vida y el mundo amplía nuestra visión de las cosas y nos hace más abiertos hacia quienes piensan diferente de nosotros. Pero esa relativa apertura no expande en forma significativa nuestro estado de conciencia. Si nos quedamos sólo con lo que hemos leído o aprendido, después de mucho tiempo y estudio nos encontramos en el mismo punto del cual hemos partido. Sabemos más, indudablemente, pero espiritualmente no hemos cambiado.

Otros practican ejercicios mentales porque piensan que de esa manera alcanzarán la realización espiritual que anhelan. Unos pocos adquieren, con gran esfuerzo y tesón, ciertas facultades psíquicas o capacidad de concentración. Pero esos logros no nos alcanzan para tener mayor comprensión de nuestros problemas, aspiraciones y posibilidades.

Otros más se dan a la práctica de oraciones y de mortificaciones. Si bien la devoción nos mantiene conscientes de una realidad superior y las mortificaciones hechas por amor nos inducen a participar y aumentan nuestro autocontrol, si nos limitamos a efectuar sólo esas prácticas no logramos un desenvolvimiento apreciable en nosotros. Son numerosos los ejemplos de personas muy devotas y mortificadas de acuerdo con sus creencias, pero intolerantes y hasta crueles con quienes no comulgan con sus dogmas.

Sin una sabia orientación espiritual es sumamente difícil desenvolvemos.

Cuando procuramos orientación espiritual es bueno que reflexionemos por qué la buscamos. A veces la confundimos con un medio para solucionar nuestros problemas personales. Pero si buscáramos soluciones a nuestros problemas sólo

lo necesitaríamos un buen consejero, quien no sería necesariamente un orientador espiritual.

El concepto de desenvolvimiento interior y de realización espiritual cambia según las épocas y las personas. Cada etapa de nuestro desarrollo implica experiencias que, al darnos una visión cada vez más amplia del mundo y de la vida, hacen parecer anticuadas nuestras ideas anteriores. Esto puede hacernos suponer que cuando descubrimos una vía de desenvolvimiento hemos comenzado un nuevo camino cuando, en realidad, se trata de una nueva etapa del mismo camino.

En la orientación espiritual aprendemos lo que podemos hacer para estimular nuestro desenvolvimiento, el cual no exige gran cantidad de conocimientos ni tampoco condiciones personales extraordinarias. Sólo necesitamos disposición interior, medios adecuados y una adecuada orientación.

Para desenvolvernos necesitamos seguir un método apropiado. Si bien todos estamos en un proceso de desenvolvimiento, cada uno tiene características particulares. Si éstas no fueran respetadas se encerraría a todos dentro de esquemas rígidos de los que difícilmente podrían luego liberarse. Cada uno necesita su método, su enseñanza: una orientación individual.

Si bien quien orienta en ese proceso estudia en los libros y en las almas, sabe que la buena voluntad y algo de lectura no son suficientes para brindar orientación espiritual. La erudición ayuda, pero no reemplaza al saber que sólo se alcanza cuando uno expande su conciencia y se trasciende a sí mismo, cuando renuncia a objetivos personales, cuando no espera una recompensa por sus trabajos, cuando su vida es un continuo darse a las almas. Esto es lo que encontramos en el orientador espiritual, además de otros rasgos que lo caracterizan.

Por ejemplo:

- Trata a cada uno como si fuera único.
- Da consejo sólo cuando le es requerido en forma expresa.

- . No se presenta como ejemplo a seguir; no habla de sí mismo, de su historia, su circunstancia ni sus posibles realizaciones.
- . Es parco en su trato. Cuando nos habla lo hace con claridad y pocas palabras, para que sus ideas o consejos no se diluyan en un mar de consideraciones.
- . Respeta nuestra libertad interior. Nos hace sentir que somos libres para elegir lo que queramos hacer con nuestra vida, a dónde anhelamos llegar.
- . No nos critica cuando tomamos decisiones diferentes de las que pueda habernos aconsejado.
- . No se deja llevar por el enojo ni por consideraciones personales cuando no aceptamos o discutimos lo que nos dice; no hiere con sus palabras.
- . No censura a quienes no concuerdan con sus enseñanzas o no buscan sus consejos.
- . No hace diferencias entre las personas.
- . No compara a unos con otros ni usa la competencia personal como un medio para estimular nuestro adelanto.
- . No fuerza a que hablemos de lo que no deseamos comentar.
- . No comenta lo que le confiamos.

La relación entre quien brinda orientación espiritual y quien la recibe está más allá de las limitaciones propias de la amistad común; en ella no cabe el egoísmo, la susceptibilidad, la competencia ni las preferencias. Tampoco es influida por la emotividad, siempre variable. La orientación sólo puede ser equilibrada, sabia y segura cuando no es afectada por factores personales, tanto del orientador como de quien recibe orientación.

El orientador no siempre necesita que le hablemos sobre nosotros para conocerlos. Pero nosotros sí necesitamos abrirnos a nuestro orientador para conocerlos. Más éste no nos empuja para que lo hagamos. Tan malo es desatender a quien busca orientación como dirigirlo en exceso. Si no se lo ayuda en el mo-

mento oportuno, se detiene. Si se lo orienta demasiado, se traba su desenvolvimiento.

El orientador espiritual da a cada uno su pan, como lo necesita, cuando lo necesita. Sostiene cuando hay que ayudar; suelta cuando hay que volar.

El orientador espiritual enseña que cada uno necesita descubrir su vocación y que, para realizarla, debe perseverar en ella hasta el final. Sabe que en el desenvolvimiento espiritual no hay atajos suaves, que sin un esfuerzo constante no hay conquistas reales. Enseña que el bien espiritual se alcanza a través de renunciaciones, esfuerzos, paciencia y perseverancia.

El orientador espiritual enseña sabiamente el camino de la renuncia. No nos despoja de los apoyos que necesitamos; al contrario, nos sostiene y estimula, pero su estímulo es sólo espiritual, no recurre a promesas de recompensas.

Todo esfuerzo da un fruto, pero el fruto no es una recompensa; es sólo una base más amplia que permite expandir el significado del objetivo que perseguimos, hasta que desaparece como una meta y se transforma en nuestro estado interior.

Es corriente suponer que hay que instruir permanentemente a través de palabras y esto induce a hablar mucho, pero este excesivo hablar no siempre responde a las necesidades de las personas que buscan orientación. El orientador espiritual sabe que pocas veces se influye solamente con palabras. La palabra sólo obtiene su poder del ejemplo de vida, de la pureza de la intención, de la fuerza espiritual que emana del amor de quien la dice.

En la orientación espiritual necesitamos el consejo oportuno y la palabra justa. En su momento, la comprensión iluminará nuestra mente, pero generalmente lo hace de otra manera, no con palabras sino con una visión más amplia de lo que nos preocupa o anhelamos.

Cuando necesitamos consejo nuestra mente no siempre está en las mejores condiciones para comprender los fundamentos o las razones que se puedan argüir para fundamentarlo. El orientador espiritual trata de aconsejarnos en la forma más clara y escueta posible, para que no nos queden dudas acerca de lo que nos conviene hacer. En otro momento, más oportuno, vendrán las razones

y las consideraciones, si es que las necesitamos para comprender la situación que generó nuestro pedido de consejo.

El orientador espiritual no nos fuerza para que creamos lo que no comprendemos o lo que nuestra mente rechaza. Simplemente nos despeja el camino para que conozcamos cómo somos y por qué pensamos como pensamos. Cuando aprendemos a pensar por nosotros mismos nos descargamos de prejuicios y comprendemos.

Cuando el orientador da consejos no acostumbra a acompañarlos con consideraciones doctrinarias o morales; no transforma la orientación en una cátedra de doctrina ni confunde su orientación con una enseñanza. Las personas pueden aprender muchas doctrinas, pero lo que esperan de su orientador espiritual es que les enseñe a vivir, a conocerse, a trascender sus limitaciones, a realizar su vocación.

Por eso, si bien el orientador espiritual tiene su concepción de la vida, de los seres, de lo divino, no trasmite sus ideas como si fueran la verdad última ni como un dogma que se deba aceptar y creer. Sólo da los puntos de apoyo indispensables para que cada uno descubra a través de su propia experiencia el alcance de la orientación que recibe.

La visión de la realidad no puede transmitirse como un conocimiento más. Sólo puede enseñarse el camino que permite a cada uno comprender por sí mismo su situación en la vida y el mundo. Cuidémonos de la tendencia a considerar como verdad absoluta la última comprensión que hemos alcanzado, para no transformar nuestras comprensiones relativas y limitadas en dogmas definitivos.

El orientador espiritual no fuerza a creer en una idea determinada. Sabe que no se puede prescindir de la tradición, de la historia ni de la experiencia, pero cuida que no se hagan dogmas de las enseñanzas que trasmite. Sólo enseña como cierto aquello que es evidente e irrefutable, y como posibilidad lo que cada uno ha de corroborar por sí mismo, a través de su experiencia.

El orientador espiritual no tiene ideas previas acerca de cómo es cada uno, lo que debe hacer, lo que necesita. No hay dos personas iguales. Cada una tiene

su modo de vivir, de esforzarse, de realizar; tiene su propio ritmo y requiere una orientación particular.

Cada uno de nosotros vive un estado de conciencia y sufre experiencias que, si bien pueden ser ya conocidas por otros, para nosotros son exclusivas. Aunque el orientador espiritual tenga una gran intuición y pueda apreciar de antemano el estado interior de una persona, sólo alcanza el conocimiento cabal de la misma escuchándola con amor, participando con ella.

El orientador espiritual no queda preso en los procesos interiores de aquellos a quienes orienta. Si así no fuera, sus emociones influirían en su discernimiento y no siempre podría orientar con sabiduría. Él se mantiene atento a las características de quienes reciben su orientación; sólo así puede ayudarlos. Es sumamente difícil corregir tendencias derivadas del temperamento. El orientador las hace conscientes en nosotros para que las equilibremos, las transmutemos, o sepamos sobrellevarlas.

Aunque el orientador espiritual nos enseña desde el principio cómo es el proceso de nuestro desenvolvimiento y la naturaleza de nuestro objetivo espiritual, no pretende que nos apoyemos sólo en esas consideraciones generales. Enseña, especialmente, el trecho que podemos recorrer en este momento, y así sucesivamente.

Hablar en términos absolutos, dar definiciones en cierto modo dramáticas de los seres, de la vida, de la vocación, es hacer una teoría de un hecho tan simple como es vivir.

El orientador espiritual tampoco guía por caminos extremos. Las mortificaciones físicas extraordinarias pocas veces resultan en algún desenvolvimiento. Esto no implica, por supuesto, que recomiende una vida regalada o la satisfacción de todos los apetitos. Él nos enseña a ser conscientes de nuestros movimientos interiores y a obedecer sólo a aquéllos que promueven nuestro desenvolvimiento.

Algunos creen que para alcanzar la realización espiritual es necesario castigar la personalidad adquirida. Este método ayudó a muy pocos y dejó en muchos heridas profundas de las que difícilmente pueden reponerse.

El orientador espiritual nos enseña a ser intransigentes con nosotros mismos, pero tolerantes con los demás. Esta fórmula, inversa a la que hoy es corriente en la sociedad, marca un camino claro de autodomínio interior.

A veces, cuando nos disgusta la orientación que recibimos porque no apoya lo que estamos deseando, buscamos consejeros más complacientes. Esta conducta no nos da buenos resultados; el orientador no pretende obligarnos a hacer lo que no queremos hacer, sólo busca despertar nuestra conciencia; está en nosotros responder o no a lo que sabemos. Somos libres para renunciar por amor a aquello que no cederíamos por la fuerza.

El orientador espiritual nos enseña a no vivir esperando.

Como es natural que cada uno espere que se cumpla lo que anhela, no nos es fácil no vivir esperando el momento en el que podamos recoger los frutos de nuestros esfuerzos por desarrollarnos. No podemos evitar la noción de simetría de la existencia; cada acción produce una reacción que la equilibra. Entonces, nuestras renunciias “deben” darnos como consecuencia una felicidad que tendríamos que experimentar de alguna manera.

El deseo de alcanzar algo, de llegar a una meta, nos mantiene presos dentro de la red del tiempo. Esperar la recompensa por nuestras renunciias sería perder los frutos de esas renunciias.

Cuando reducimos la renuncia a una serie de mortificaciones necesarias –a nuestro entender– para alcanzar la paz y la felicidad, no llegamos ni a la paz ni a la felicidad. Entonces, a pesar del adelanto que pudiéramos haber logrado nos desilusionamos, nos sentimos frustrados. Como no obtenemos lo que esperábamos conseguir miramos hacia atrás, lamentando lo que dejamos, lo que perdimos. La frustración alimenta en nosotros el egoísmo y nos lleva a replegarlos sobre nosotros mismos y a tratar de revivir en nuestra fantasía sueños imposibles.

El orientador espiritual nos enseña que la realización espiritual no llega al final de una vida de mortificaciones; no es la compensación sobrenatural de una ascética natural. También enseña que no alcanzamos paz y felicidad después de rechazar todo deseo, sino cuando no deseamos.

No nos privamos de algo para conseguir otra cosa mejor. Lo que podemos conseguir de esa manera no difiere, en esencia, de lo que ya tenemos.

Al renunciar no nos privamos; nuestra renuncia no nos despoja como sentimos que lo hace la muerte o la desgracia. Renunciar tampoco es mortificarnos. Aunque en el camino del desenvolvimiento la mortificación sea muchas veces necesaria.

El autodomínio interior, si bien puede mortificar nuestra voluntad de satisfacer algunos deseos, expresa la libertad que tenemos para hacer lo que realmente queremos hacer.

Preferir la libertad del descampado al techo de la celda no es una mortificación. El valor de la libertad es de una naturaleza diferente del de la protección relativa que una cárcel puede brindar.

El orientador espiritual nos enseña que renunciar es ser libre. Que ser libres es, para nosotros, felicidad y paz.

Equilibrio

A medida que nos desenvolvemos damos un alcance más universal a nuestros pensamientos y comprensiones. Pero también aumenta nuestra tendencia a menospreciar objetivos relativos, a nuestro entender más limitados.

Cuando damos poca amplitud a la idea sobre la que asentamos un sistema solemos determinarla según estructuras rígidas. Luego, a medida que vamos ampliando nuestra visión, damos especial importancia a la esencia de la idea, pero tendemos a relajar el método para realizarla.

Esto también ocurre en la vida espiritual. Cuando expandimos nuestra visión interior, si no cuidamos de darle un alcance integral, nos cuesta cada vez más seguir un método que nos va pareciendo relativo y no siempre necesario.

Lo cierto es que necesitamos mantener el equilibrio entre el método exterior y la comprensión interior. Toda norma es necesariamente limitada, pero sin una norma adecuada es improbable que logremos desenvolvernos.

Cuanto mayor es la amplitud interior que logramos, mayor es el cuidado con que debemos observar el método que seguimos. Cuando no hacemos esto solemos perder el impulso que nos da el esfuerzo positivo y no siempre contamos con otro equivalente.

Cuando trascendemos la estrechez de miras tendemos a dar valor sólo a las actitudes y estados interiores, sin comprender que éstos siempre se expresan en obras exteriores. Por eso, el orientador espiritual nos da un método exterior preciso para que nuestra fuerza interior no se diluya en intenciones difusas.

En el estado de conciencia positivo tendemos a juicios extremos. Si se nos dice, por ejemplo, que renunciar es vivir sin apoyos, queremos desechar todos los apoyos, pensando que no sirven. Si se nos dice que el método es sólo un medio, queremos abandonar todo método.

Tirar todos los apoyos es caer en el vacío. Además, las actitudes extremas conducen hacia posturas rígidas y comprensiones limitadas.

Tan malo es atarse a la letra de una regla como suprimir la regla. Para trascender los apoyos necesitamos algún apoyo. Trascender los objetivos que consideramos relativos no significa desecharlos sino realizarlos cuando son necesarios, siempre cuidando de no perder amplitud interior.

En el estado de conciencia positivo rechazamos algo cuando no lo podemos reducir a acciones o bienes concretos, pero cuando luego entendemos que esos bienes son relativos también queremos descartarlos, sin haber comprendido aún su sentido ni tampoco la naturaleza del bien espiritual. Esta tendencia ha confundido a muchos, que se han desorientado por no dar valor a los objetivos positivos, o al esfuerzo positivo que debían realizar tanto en sus prácticas espirituales como en los trabajos propios de la vida.

Es cierto que cuando enseñamos el camino de la renuncia decimos que no hay que desear nada, apropiarse de nada, apoyarse en nada. Pero esto puede derivar erróneamente en desinterés, indiferencia o confusión. Si no equilibramos el no desear con el fortalecimiento de nuestra voluntad y aplicamos ésta a la realización de los objetivos relativos necesarios, no logramos ubicarnos armoniosamente en el mundo y en la vida.

El orientador espiritual enseña diversos ejercicios de oración y meditación, y orienta a transformar esos ejercicios en un estado interior de oración de presencia. Para producir esa transformación necesitamos constancia en la práctica de los ejercicios ascéticos, del método de vida, de las rutinas apropiadas.

Aunque hayamos alcanzado un estado interior de oración, si no continuamos con la práctica rutinaria de los ejercicios de oración, paulatinamente nuestra vida interior va perdiendo fuerza y se reduce a un recuerdo de lo que fue, o a la imaginación de lo que habría de ser.

Para desenvolvemos, simplemente trabajamos. Como no buscamos frutos personales a través de nuestros esfuerzos, nuestra responsabilidad no tiene límites. Por eso, donde estamos tratamos de hacer todo de la mejor manera posible, sin distraernos ni retacear esfuerzo. Cuando estudiamos, estudiamos; cuando trabajamos, trabajamos; cuando dirigimos, orientamos.

Si la renuncia interior no se expresara en frutos evidentes, tal renuncia sería una ilusión.

El orientador espiritual enseña que cuando aprendemos a limitarnos en acciones concretas evitamos que nuestros deseos se diluyan en intentos diversos que nunca llegan a culminar en una realización efectiva.

Cuando nos desenvolvemos espiritualmente ampliamos la visión de nuestras posibilidades, descubrimos todo lo que podríamos hacer en el medio en el que vivimos. Quisiéramos multiplicarnos, estar en todas partes, aprender todas las ciencias, trabajar en todos los lugares donde nuestro esfuerzo pudiera ser útil para todos los seres.

Todo se puede hacer, pero sólo deja una obra para bien de muchos quien concentra sus fuerzas en la labor necesaria que le es posible hacer en el momento y el lugar.

Es bueno que tengamos una comprensión interior amplia, siempre que cuidemos de equilibrar esa comprensión limitándonos en forma consciente y voluntaria en la obra concreta que, en cada momento, podemos hacer para bien nuestro y de la sociedad.

Es hermoso recorrer todos los caminos, conocer todos los temas, desarrollar todas las aptitudes, pero cuando queremos realizar una obra renunciamos a gratificarnos y nos concentramos en esa obra. Esta renuncia expande nuestra comprensión, aumenta nuestro potencial creador y nuestro rendimiento efectivo. Nuestra limitación exterior es sólo relativa; no impide nuestra expansión interior sino que, al contrario, le da mayor alcance.

Autodominio

Alcanzamos libertad interior en la medida en que logramos dominio sobre nuestra mente y nuestros sentimientos.

Mientras nos identificamos con los movimientos de la mente y el corazón no podemos conocernos bien. Creemos que pensamos lo que nuestra mente elabora y que sentimos cuando nuestro corazón se mueve.

Creemos que pensamos cuando sólo recordamos y asociamos. Creemos que sentimos cuando nos emocionamos por reacción.

A veces pensamos que si controláramos nuestros movimientos interiores viviríamos en tensión y no podríamos ser espontáneos. Es erróneo suponer que el dominio y la espontaneidad son actitudes opuestas y excluyentes. Precisamente, el dominio es el medio que nos permite descubrir la espontaneidad.

Somos espontáneos cuando nuestras expresiones son genuinas, propias. Uno no puede ser espontáneo si está identificado con deseos, con temores, con reacciones automáticas. Serían éstas las que se manifestarían y no uno. Descubramos nuestra propia voz, ésa que se nos revela claramente cuando aprendemos a dominar nuestros movimientos interiores y, de esa manera, podamos discernirlos.

Cuando elegimos vivir al nivel de nuestras reacciones rechazamos la idea del autodominio y asimilamos toda norma a un freno que se opone a nuestra libertad. Llamamos libertad a la posibilidad de hacer sólo una cosa: obedecer a todos los impulsos que afloran de nuestro subconsciente, aunque sean contrarios a nuestros intereses, a nuestra salud, a nuestro desenvolvimiento. Creemos que somos libres, pero cuando deseamos liberarnos de un hábito o de un vicio no podemos hacerlo.

Si nuestro pensamiento y nuestro sentimiento no obedecen a nuestra voluntad, no somos libres; en tal caso, no sabemos a ciencia cierta qué somos ni quiénes somos. Además, cuando elegimos vivir al nivel de nuestras reacciones nos hacemos esclavos de ellas. Sabemos lo que tenemos que hacer, pero pocas veces podemos hacerlo. Decimos: “Quisiera...pero no puedo”.

Si nuestra identificación con nuestras reacciones es muy grande, necesitamos elaborar un sistema de valores que justifique nuestro modo de vivir y de ser. Queremos apoyarnos en razones que den asidero a una conducta que sabemos que no es justa, ya que siempre se mantiene en nosotros una chispa de conciencia que nos señala nuestro objetivo real, aunque no tengamos fuerza para realizarlo por el hecho de depender de nuestros deseos variables. Esa conciencia nos señala continuamente nuestras carencias y defectos. Cuando nos observamos con honestidad descubrimos con rapidez la falacia de las teorías con las que pretendemos cubrir nuestro egoísmo, nuestra separatividad y nuestros desatinos.

Vamos alcanzando libertad interior en la medida en que dominamos nuestros pensamientos y sentimientos a través del hábito del autodomínio.

Cuando no entendemos bien la función del autodomínio en el proceso de nuestro desenvolvimiento, no tenemos siempre el mismo grado de dominio. Nos controlamos más o menos según las circunstancias, pero esto solo sería el hábito de comportarnos de una manera determinada en cada ocasión. Lo cierto es que un dominio parcial u ocasional no sería realmente dominio. Autodomínio, desde el punto de vista de nuestro desenvolvimiento, es gobierno sobre nosotros mismos.

El autodomínio nos da conciencia de nuestros hábitos inconscientes automáticos y pone de relieve su naturaleza.

Una gran parte de nuestras manifestaciones –gustos, tendencias, opiniones, costumbres– provienen de hábitos adquiridos que nos hacen reaccionar en forma automática e inconsciente. Creemos que somos como somos, cuando en realidad somos como hemos sido condicionados. El dominio de nuestros movimientos interiores y exteriores trae a nuestra conciencia las reacciones que hasta entonces eran inconscientes y automáticas en nosotros.

Lo que solemos llamar defectos o imperfecciones que a nuestro entender dificultan nuestro desenvolvimiento, no son elementos aislados en nosotros; son hábitos. Al tomar conciencia de ellos luchamos contra ellos con el ánimo de extirparlos; pero con esta actitud no logramos nuestro propósito. No nos damos

cuenta de que, por un lado, esa lucha implica una represión de algo que no va a desaparecer sino que, al contrario, se va a interiorizar aún más. Tampoco percibimos que al esforzarnos por reprimir nos concentramos en el hábito que no queremos tener y le damos mayor fuerza.

Para superar un hábito hay que suplantarlo por otro; sólo un hábito vence a otro hábito. Si tenemos un pensamiento o un sentimiento que hiera, lo cambiamos por otro de amor; si acostumbramos a hacer algo que daña, lo cambiamos por ayudar, colaborar, validar o alegrar. Cuando tenemos la capacidad de suplantar un hábito por otro podemos hacer cambios positivos en nuestra vida y también en la de los demás. Éste es uno de los puntos fundamentales de la educación y del desenvolvimiento espiritual.

Para que el autodomínio nos dé libertad debe ser un gobierno que ejerzamos sobre nosotros mismos, en forma libre y voluntaria.

Sin embargo, pocas veces podemos lograr dominio sobre nosotros mismos apelando sólo a la fuerza de voluntad; necesitamos la ayuda del orientador espiritual. Seguir las sugerencias que recibimos hace que nos resulte más sencillo controlarnos.

El orientador espiritual cuida de no dar indicaciones que estén en contradicción con nuestras aspiraciones; al contrario, nos orienta de modo que podamos realizar esas aspiraciones. Pero si no dominamos nuestros pensamientos y sentimientos nos hacemos víctimas de nuestros deseos variables; a veces deseamos una cosa, a veces otra. Nos identificamos con los vaivenes de nuestros estados interiores fluctuantes. Si alguna vez nuestro orientador nos indica que hagamos algo que no queremos hacer, recordemos que él nos orienta hacia donde realmente anhelamos llegar. Si tuviéramos dudas sobre lo que nos sugiere que hagamos, tendríamos que aclararlas con él hasta estar seguros de que lo que nos dice es para nuestro bien.

El orientador espiritual enseña que no hay que confundir impulsos con anhelos genuinos. Por eso, cuando controlamos nuestros deseos y los movimientos interiores y exteriores que ellos originan, nuestro dominio nace de nuestra voluntad libre.

* * *

Dominio implica mantenernos atentos a nuestros movimientos interiores y tener gobierno sobre ellos.

Es corriente que, cuando decimos que es necesario el dominio interior, pensamos que de esa manera se contienen únicamente las malas tendencias. Automáticamente asociamos lo bueno con lo deseable y con la alegría; lo indeseable, con lo malo y con el dolor. El control se asocia entonces con el mal. Si así fuera, ¿qué sentido tendría controlar lo bueno?

Reducir el dominio a la represión de los movimientos que consideramos malos es dar un alcance muy pobre a la ascética. Además, es imposible vivir reprimiendo todos los movimientos interiores; sería la negación de la vida. Necesitamos aprender a orientarlos; es decir, a transformar un sentimiento o un impulso que no desearíamos experimentar en aquél que sí anhelamos tener.

El hábito del dominio consciente es un sistema de conocimiento. El orientador espiritual enseña a dominarnos no sólo para que aprendamos a vivir mejor, sino para que descubramos la naturaleza de nuestros impulsos y para que asentemos nuestra conciencia de ser en un nivel más profundo que el de la expresión de nuestros deseos. Por eso, no solamente nos enseña a dominar los impulsos instintivos, sino también a controlar emociones que pensábamos que eran buenas y que por serlo debíamos dejarlas fluir tal como se manifestaban. Por eso, el orientador espiritual nos aconseja a no confundir la vida espiritual con emociones intensas, sino que vida espiritual se expresa en equilibrio y serenidad.

Por otra parte, el hábito del dominio consciente produce la transmutación de nuestra energía.

Cuando descubrimos nuestra aspiración genuina, nuestra vocación real, trabajamos para dominar nuestra vida interior. Este dominio significa orientar nuestra energía hacia ese solo punto. La canalización de esa energía hacia un objetivo superior produce una transmutación.

El desenvolvimiento espiritual es, en definitiva, un proceso de transmutación de energía.

Algunos enseñan ejercicios especiales de transmutación. Estas prácticas no son realmente necesarias, ya que el autodomio mantiene activa nuestra conciencia y produce la transmutación natural de nuestra energía. Para que esta transmutación sea beneficiosa necesitamos tener presente que nuestro dominio no se reduce a poner vallas para contener pensamientos, sentimientos o movimientos, sino que implica el uso sabio de la energía con que contamos. Es decir, el uso sabio de la vida.

Cuando somos conscientes sabemos lo que queremos, lo que buscamos; conocemos los medios que disponemos y discernimos con claridad lo que necesitamos y lo que nos es superfluo. Sabemos vivir porque no nos engañamos a nosotros mismos.

Pero no siempre nos es fácil mantener equilibrio en relación con el dominio.

Cuando comprendemos que necesitamos dominarnos nos formulamos grandes propósitos. Si no podemos cumplir todos ellos, podemos desalentarnos.

Recordemos entonces que no podemos adquirir dominio interior de un día para otro. Fortalecemos nuestra voluntad en forma paulatina a lo largo de un proceso que nos exige gran paciencia, perseverancia y humildad.

Recordemos también que el orientador espiritual no nos pide más de lo que nos pide nuestra vocación espiritual. En realidad, no nos pide nada; sólo nos despierta interiormente. Con sus sugerencias, con su presencia, mantiene viva en nosotros la conciencia de nuestros anhelos genuinos. Esa conciencia es la que nos exige dominio interior.

Para que ese dominio promueva nuestro desenvolvimiento debe provenir de nuestra voluntad libre, ha de ser expresión de nuestra conciencia —y de nuestro respeto a la libertad de los demás—. Cuidémonos entonces de la tendencia que aparece en nosotros cuando aprendemos a dominarnos un poco, ya que podríamos querer dominar la vida de otros. Por eso, recordemos que no podemos enseñar dominio a través de la coacción; eso sería someter a otros sin despertar en ellos su propia conciencia. No seríamos realmente libres si no diéramos a otros la libertad que anhelamos para nosotros.

Transformación Continua

Si bien cada uno de nosotros mantiene su unidad esencial, en cada instante somos una nueva persona. Nuestra mente, enriquecida con nuevas experiencias; nuestro cuerpo, en un proceso continuo de transformación, hacen que la imagen estática del ser como un ser determinado sea algo ideal.

No existe *esta* persona. Esta persona es sólo una imagen que, al abstraerse del tiempo –que significa cambio– pertenece al pasado. Esta persona ya pasó; ahora es otra persona.

La vida es dinámica; no podemos evitar el cambio. Cuando nos resistimos, cuando no aceptamos la transformación continua, nos sustraemos del ritmo vital. Al determinarnos en *esta* persona, nos cristalizamos.

Si aceptáramos el cambio en vez de resignarnos a él cuando es inevitable, descubriríamos una nueva vida. Si bien cada cambio representa una especie de muerte relativa, una renuncia a lo que fue, implica también un nuevo nacimiento. Estar vivo es transformarnos continuamente.

Estos conceptos a veces parecen desconectados de nuestros problemas cotidianos; no obstante, implican un modo de vivir, de interpretar los sistemas de ideas y la forma en que se determinan en estructuras.

En el estado de conciencia positivo, cuando determinamos una idea en una estructura nos determinamos nosotros en la estructura que creamos. Cuando el paso del tiempo hace inevitable el cambio de la estructura, la defendemos empecinadamente: nosotros *somos* esa estructura.

El sentido de posesión, llevado a su extremo, nos cristaliza en una obra de nuestras manos. Nos detiene. Hace de nosotros un mero testimonio de algo que ya fue.

Al defender posesivamente lo que hemos conquistado nos identificamos con nuestras obras, y perdemos. Perdemos nuestras conquistas, que ya son sólo hi-

tos que quedan como recuerdos de un camino recorrido. Perdemos la posibilidad de una nueva transformación. Perdemos el don de mantenernos conscientes de estar vivos.

El sentido de posesión hizo que las doctrinas que concebimos en su momento como fuerzas renovadoras se volvieran conservadoras después de concretarlas en sistemas y estructuras.

Cuando descubrimos una posibilidad nos empeñamos en realizarla. Elaboramos teorías, hacemos planes y trabajamos para cumplirlos. Pero cuando luego materializamos nuestros proyectos, nuestra conquista se convierte en una nueva cárcel. Pensamos que nuestra solución a los problemas que enfrentamos es *la* solución. Pero aquellos a quienes la aplicamos son ya otros seres, con nuevas posibilidades y necesidades –y con una nueva visión de la vida–. Nosotros mismos somos otros. Nuestras conquistas ya no son nuestras; nuestras soluciones ya no solucionan. Pertenecen al pasado.

Al identificarnos posesivamente con nuestros triunfos nos detenemos y, en cierta forma, morimos. Nos identificamos con sombras del pasado. Las ideas, estructuras y bienes que atesoramos son sólo páginas ya leídas de nuestra historia.

Al detenernos, nuestras ideas se cristalizan en sistemas rígidos, sin que nos demos cuenta de que ya no son actuales; pertenecen al pasado. Ya no dan frutos.

Una idea que es extraordinaria cuando la concebimos no es liberadora cuando la aplicamos si no nos transformamos de acuerdo con lo que esa idea nos exige.

Cuando concebimos una idea no podemos darle mayor alcance del que las posibilidades de nuestra época nos permiten percibir. Si no admitimos luego nuestra propia transformación, esa idea se fija en el tiempo; no deviene, no adquiere un vuelo mayor. No se universaliza. Se detiene respecto de una humanidad que sí deviene.

Cuando una idea se materializa, si lo hace a través de quienes no devienen, se cristaliza en moldes viejos. El tiempo transcurrido entre su concepción y su

materialización la hace ajena a nuestras nuevas necesidades, porque ya hemos logrado mayor conciencia y un campo más amplio de posibilidades.

Podemos decir, entonces, que aunque una idea contenga el germen de posibilidades insospechadas, se convierte en una carga insoportable cuando la concretamos en forma positiva.

En el estado de conciencia positivo vivimos en forma estática, encerrados dentro de una concepción del mundo y de la vida que no deviene. Cuando imaginamos y planificamos, lo hacemos para nuestras necesidades y aspiraciones de hoy. Cuando luego aplicamos nuestras ideas, éstas resultan anacrónicas. Corresponden a seres de ayer. Si en ese lapso no nos hemos transformado, también nosotros somos la imagen del ser de ayer; una imagen que se aferra a la vida desesperadamente, luchando contra el ser de hoy, que al final siempre se impone.

Pero si el ser de hoy sigue viviendo según el mismo sentido posesivo, rápidamente se transforma en un ser de ayer.

Cuando nos liberamos interiormente de nuestras conquistas vivimos una transformación continua. La libertad que tenemos respecto de nuestra persona, de nuestro presente, de nuestro pasado, nos da la capacidad de intuir nuestras posibilidades futuras. Es decir, intuir-nos en el futuro. Captamos nuestras posibilidades reales, y con ellas nuestras necesidades reales. Nuestra libertad proyecta nuestra intuición más allá de la problemática de nuestro tiempo, y podemos contemplarla desde un punto de vista más amplio y completo. Nuestra anticipación cubre la distancia que implica el lapso entre la ideación y la concreción.

Es así que ninguna realización es definitiva, ninguna meta es final.

La realización espiritual se convertiría en una nueva ilusión si la buscáramos como la experiencia última. Una experiencia, por más extraordinaria que sea, es sólo un peldaño en la cadena de las innumerables experiencias humanas. Sólo debería llamarse realización a los pasos irreversibles. Es decir, cuando el estado de conciencia adquirido no permite volver atrás; cuando resume todas las

experiencias pasadas en una experiencia única, simple y completa que se constituye en una base firme para seguir hacia adelante.

ACERCA DE CAFH

“Cafh” es una antigua palabra que se refiere al anhelo del alma de unirse a Dios. Este significado implica el gran espectro del desenvolvimiento del alma, desde su esfuerzo para llegar a Dios hasta la gracia de recibir ayuda para lograrlo.

Cafh es un camino de desenvolvimiento espiritual fundado por Don Santiago Bovisio en 1937 en Argentina, y que luego se expandió por los países de las Américas, Europa, Medio Oriente, Australia y África. Sin embargo, esta expansión no significa que Cafh funcione como una institución grande. Más bien consiste en pequeños grupos de individuos que se reúnen en forma regular y que comparten el anhelo común de dar sentido a la vida y de integrar ese sentido a todos los aspectos de las relaciones y experiencias cotidianas.

Cafh ofrece a sus miembros los dones de un método de vida, enseñanzas, ejercicios espirituales como la reflexión y la meditación, y una orientación espiritual individual a quien la solicite. Para participar de Cafh, lo único que se requiere es amor a la humanidad y el compromiso de trabajar en el propio desenvolvimiento y para el bien de la humanidad.

Para tener información sobre Cafh y sus actividades, o para hacer contacto con miembros de Cafh, buscar en: www.cafh.org